

**LOS** **DAVID APONTE**  
**INFILTRADOS**  
**El narco dentro de los gobiernos**

Grijalbo

# Prólogo

A mediados de 2008, la DEA tendió un cerco alrededor de un funcionario de la embajada de los Estados Unidos en México: un investigador del servicio US Marshals que desde su posición estratégica extraía información secreta sobre el combate contra las drogas y la entregaba, a cambio de fuertes remesas en dólares que le eran entregadas envueltas en papel periódico, a los operadores del cártel de Sinaloa.

Las declaraciones de aquel funcionario desataron la Operación Limpieza, una tortuosa investigación que reveló que los mecanismos de infiltración del narcotráfico habían logrado vulnerar no sólo a la embajada de los Estados Unidos, sino también a las estructuras del gobierno mexicano encargadas de combatir el tráfico de drogas.

La operación mostró que los narcotraficantes tenían mando pleno en el interior de la Subprocuraduría de Investigación Especializada en Delincuencia Organizada (SIEDO) y se habían introducido también en los principales circuitos directivos de la Secretaría de Seguridad Pública federal. Además de efectuar la compra de funcionarios de primer nivel (entre ellos, el subprocurador Noé Ramírez Mandujano y el director técnico de la SIEDO, Miguel Colorado González), el narco mantenía bajo su dominio a comandantes y agentes integrados al círculo de trabajo del procurador general de la República, Eduardo Medina Mora.

El crimen nombraba, cesaba, removía, a los altos funcionarios policiacos. Dirigía trabajos de inteligencia cuyo fin estaba encaminado a lograr la captura de líderes y sicarios de cárteles rivales. Ordenaba cateos, entregaba equipos sofisticados de localización e intervención telefónica, y era el primero en interrogar a los detenidos para arrancarles datos que convenían a sus intereses. En los años iniciales de la guerra decretada en contra del narcotráfico por el gobierno de Felipe Calderón, los grandes triunfos de la SIEDO —y la SSP— fueron, en realidad, victorias que el grupo de Sinaloa obtuvo sobre sus adversarios.

Desde que en los años ochenta Miguel Ángel Félix Gallardo y Rafael Caro Quintero inauguraron entre nosotros la Edad de la Delincuencia Organizada —ejecuciones,

desapariciones, compra sistemática de políticos, gobernadores, funcionarios, militares y agentes policíacos de las tres esferas gubernamentales—; desde que en los años noventa Amado Carrillo Fuentes adquirió los servicios del zar antidrogas José Gutiérrez Rebollo —mediante la puesta a disposición de autos, mujeres, dólares, departamentos—, en las estructuras de seguridad nacional no había vuelto a ventilarse un escándalo de corrupción como el que la Operación Limpieza sacó a la superficie.

*Los infiltrados* narra esa historia alternativamente visible y secreta. A partir de un manojo siniestro de testimonios rendidos por operadores, sicarios, narcotraficantes, funcionarios y agentes de la policía —testigos protegidos que en algunos casos hallaron muertes misteriosas, y en otros fueron asesinados en plena vía pública—, este libro descorre el velo tras el que se oculta el mundo en el que estamos sumergidos. Los encuentros en restaurantes, bares, calles, hoteles, en donde los operadores de Joaquín *el Chapo* Guzmán, Ismael *el Mayo* Zambada, Ignacio *Nacho* Coronel y los hermanos Héctor, Alfredo y Arturo Beltrán Leyva, convirtieron en víctimas de su propia ambición a los empleados federales que supuestamente habrían de combatirlos.

Las órdenes que los narcos giraban desde “oficinas” de lujo instaladas en barrios exclusivos de la ciudad de México. La compraventa de cargos en los laberintos de corrupción de la PGR. La entrega de información sensible a cambio de maletines repletos de billetes verdes. El inagotable desfile de nombres que al abandonar los sótanos de la nota roja logran instalarse de modo permanente en la primera plana de nuestro acontecer diario. Y también, el otro desfile: el de ejecutados, encobijados, baleados, ahorcados, *enteipados*. El camino de sangre que siempre deja a su paso el narco.

*Los infiltrados*, el libro de David Aponte, ordena imágenes que se hunden y después se olvidan en el día a día de la prensa. No es sólo la crónica de una traición cometida al Estado mexicano —por el propio Estado mexicano—, sino un croquis que explica la guerra reciente entre los cárteles y la génesis de sus divisiones internas: la escisión que desató el enfrentamiento entre el grupo del Chapo y el de los hermanos Beltrán Leyva.

Se ha dicho que en esa forma del narcocorrido que son las averiguaciones previas, en esa forma de la literatura fantástica que son a veces las declaraciones de los testigos protegidos, los datos suelen ser inexactos. El desaforado mundo que unos y otros revelan, sin embargo, acostumbra ser verdadero. Como en el “Libro III del Infierno” en la *Divina Comedia*: los que entráis aquí, perded toda esperanza.

HÉCTOR DE MAULEÓN

## *El Topo*

Le cortaron un dedo por haberse quedado con dinero de Édgar Valdez Villarreal, *la Barbie*, uno de los miembros más sanguinarios de la organización criminal dirigida por los hermanos Beltrán Leyva. Desde entonces fue conocido en el narco como *el 19*. Sus patronos le perdonaron la falta y andando el tiempo le encomendaron una misión especial: trabajar como enganchador. Comprar a policías federales, militares y ex elementos del Ejército, para que accedieran a “colaborar” con los cabecillas de una facción del cártel de Sinaloa.

A fines de 2007, *el 19* puso en manos de la mafia un contacto insuperable, un investigador criminal de la embajada de los Estados Unidos en México al que había comprometido para que extrajera, del hasta entonces impenetrable edificio en Paseo de la Reforma, información sensible, datos de inteligencia sobre la guerra contra las drogas. Un infiltrado, un topo al servicio del narco, metido en el búnker de la representación extranjera.

Desde esa posición privilegiada, el infiltrado entregó varios datos relevantes. A cambio de un pacto por 30 mil dólares mensuales —y luego, por cobros a destajo—, penetró sistemáticamente los archivos de inteligencia de la DEA y obtuvo reportes sobre los movimientos del capo Édgar Valdez Villarreal. De ese modo marcó un nuevo capítulo en la historia de los nexos del narcotráfico con las instituciones encargadas de combatirlo. El infiltrado abrió el mayor boquete registrado hasta hoy en los dispositivos de seguridad de las oficinas de la lucha criminal de los Estados Unidos, alcanzando un nivel de infiltración semejante al que salió a flote en 1997, tras la detención del zar antidrogas del gobierno mexicano, el general de división José Gutiérrez Rebollo, a quien se detuvo por sus vínculos con *el Señor de los Cielos*, Amado Carrillo, otrora jefe del cártel de Juárez, y cuya actividad propició una suerte de ruptura temporal de la colaboración bilateral entre Washington y México.

La historia de “Felipe”, el infiltrado, está construida con los testimonios de sicarios, narcotraficantes y policías federales que, una vez detenidos, se convirtieron en testigos a

cambio de la protección de las autoridades de México y Estados Unidos. Sus verdaderos apellidos quedaron borrados de las investigaciones y los expedientes judiciales. En los documentos oficiales aparece como “Jennifer”, “Saúl”, “Moisés” y “David”. Sus nombres se mezclan con los de funcionarios federales de primer nivel encargados de batir el tráfico de drogas, pero que en vez de ello vendían en miles de dólares información sobre las pesquisas y los operativos antinarcóticos.

“Felipe”, integrante de una familia de clase media de la ciudad de México, vive ahora en Estados Unidos bajo el sistema de testigos protegidos. Hijo de un arquitecto y una enfermera, nació en octubre de 1979 en una colonia del norte del Distrito Federal. Con un recibo de Telmex y copias simples de su pasaporte y acta de nacimiento, cubrió los requisitos necesarios para que el Congreso mexicano lo autorizara a prestar sus servicios a un gobierno extranjero.

Su ingreso a las oficinas del US Marshals ocurrió a fines de noviembre de 2007. Un conocido le dijo que en ese sitio había una plaza vacante y que podía solicitarla a través de la página web de la legación extranjera. “Felipe” presentó su solicitud por internet, entregó el currículum que lo acreditaba como pasante de abogado, tuvo una entrevista con personal del servicio policial —la unidad más antigua de Estados Unidos, encargada de investigar crímenes y trasladar prisioneros y fugitivos—, y fue aceptado sin mayores trámites. Las autoridades estadounidenses ignoraban que acababan de contratar a alguien que, desde la oficina de la Interpol México, años atrás había colaborado con la mafia. El infiltrado hizo pedazos los controles de seguridad, los protocolos del gobierno de Washington.

La carrera delictiva de “Felipe” se remonta a los inicios del nuevo siglo. En el año 2000, en sus tiempos de pasante, conoció a José Antonio Cueto López, identificado en el expediente de la investigación federal como intermediario entre los capos del narcotráfico y funcionarios y policías corruptos.

Cueto López y *el 19* mantenían una alianza inmejorable para engatusar a funcionarios públicos encargados del combate a las drogas: uno estaba cerca de los federales y el otro de *la Barbie*. En agosto de ese año, Cueto colocó a “Felipe” en una plaza de la Agencia Federal de Investigación (AFI), de donde luego fue comisionado a la oficina de la Interpol en el aeropuerto internacional del Distrito Federal (Interpol México está conformada por agentes federales que son asignados para tareas de investigación e inteligencia).

Los testigos protegidos definieron a Cueto López como un sujeto robusto, que araña los 40 años y usa bastón a consecuencia de una operación de riñón. Actualmente prófugo de la justicia, operaba como enlace con la Subprocuraduría de Investigación Especializada en Delincuencia Organizada (SIEDO): contactaba a personal de la Interpol México para indicar qué funcionarios al servicio del cártel debían ser colocados en lugares estratégicos, según la investigación federal y los datos proporcionados por “Felipe” a las autoridades de Estados Unidos.

En 2005, ubicado por su padrino Cueto López en el aeropuerto, “Felipe” cooperaba con el cártel de Sinaloa, a cambio de una cuota mensual de 10 mil dólares. Su labor para la mafia consistía en “entretener a su gente”, al resto de los oficiales de la Interpol, para que ciertas personas y mercancías pasaran sin problemas por la terminal aérea. Era el encargado de abrir zonas francas para los narcos.

Hacia octubre de 2007, el Poder Legislativo le concedió la autorización para prestar sus servicios como investigador criminal del US Marshals Service, en la embajada de Estados Unidos. Los trámites que realizó pasaron también por las secretarías de Gobernación y de Relaciones Exteriores. Acomodado en su oficina de Paseo de la Reforma, comenzó a extraer datos de inteligencia criminal, principalmente los relacionados con los grandes capos de Sinaloa. Cada mes se le pagaban 30 mil dólares en efectivo, que llegaban en bolsas de plástico o envueltos en papel periódico.

A mediados de 2008, las salvaguardas de la representación extranjera detectaron una fuga de información y colocaron vigilancia a su alrededor. Hay un hueco en su captura: la embajada de los Estados Unidos no ha explicado cómo fue neutralizado ni cómo se decidió incluirlo en el programa de testigos protegidos. Entre las autoridades policíacas federales pronto corrió la versión de que los agentes de la DEA y la CIA, asignados en el territorio mexicano, fueron llamados a Washington para hacerles la prueba del polígrafo o para participar en un seminario. Ahí lo pescaron. La versión nunca fue desmentida por la representación diplomática.

El hecho es que las agencias estadounidenses encargadas del combate al narcotráfico lo convirtieron en testigo estrella de lo que luego se denominó Operación Limpieza, nombre que se le ocurrió a un vocero de la Procuraduría General de la República apenas 48 horas antes de que el gobierno del presidente Felipe Calderón informara a la opinión pública de la infiltración del narcotráfico entre importantes funcionarios de la poderosa oficina de la SIEDO.



En custodia de los agentes de la DEA, “Felipe” fue llevado el 2 de julio de 2008 a la embajada de México en Washington para que contara a federales mexicanos cómo se había enganchado con el cártel de los Beltrán Leyva. Sus revelaciones llevaron a la cárcel al ex subprocurador de la SIEDO, Noé Ramírez Mandujano, así como a los directivos de la Interpol México y a varios colaboradores de la PGR acusados de proteger y vender datos de inteligencia al cártel de Sinaloa y otras organizaciones criminales. El joven mexicano narró el *modus operandi* de la banda y sus contactos con altos funcionarios civiles y militares.

“Conocí a José Antonio Cueto López cuando estaba tramitando mis documentos como pasante de abogado —contó ‘Felipe’. Ambos se relacionaron en 2002—. Hice un trámite en el Reclusorio Sur, donde conocí también a un coronel, del que no recuerdo su nombre, y a Roberto García, Fernando Rivera y Milton Cilia Pérez, quienes me comentaron que trabajaban en la entonces Unidad Especializada en Delincuencia Organizada y que formaban parte de un grupo especial bajo las órdenes de José Luis Santiago Vasconcelos.”

Dentro de las policías federal y estatales, Santiago Vasconcelos tenía fama de ser uno de los más duros funcionarios dedicados al combate de las bandas criminales. Con el tiempo llegó a ocupar la titularidad de la SIEDO. El hombre no confiaba en nadie. El Ejército dispuso una escolta de militares para cuidarlo en los recorridos que hacía por el país. Antes de morir en 2008 en un siniestro aéreo del que quedan muchas dudas, entregó el cargo de subprocurador de la SIEDO a Noé Ramírez Mandujano.

La repentina muerte de Santiago Vasconcelos, quien viajaba en el jet del secretario de Gobernación, Juan Camilo Mouriño, uno de los hombres más cercanos al presidente Calderón, generó muchas suspicacias y un clima de inestabilidad política.

Cueto López, el enlace de federales y militares con *el 19*, presumía de haber sido subdelegado de la antigua Policía Judicial Federal en Sonora y de tener en su currículum la marca de agente del Centro de Investigación y Seguridad Nacional (Cisen) en los años noventa, según el expediente criminal, aunque en realidad trabajó en la Secretaría de Gobernación y no hay registros de su paso por el Cisen. El ex federal era experto en relaciones públicas y en la organización de eventos sociales, reuniones y seminarios en los que tomaban parte los agentes de la AFI.

“Entré en agosto de 2002 al área de asuntos policiales internacionales de la AFI —

prosiguió ‘Felipe’—. Por cuestiones de trabajo acudía a reuniones y comidas. Conocí a muchas personas y, de nuevo, tuve contacto con Fernando Rivera, Roberto García y Milton Cilia Pérez, quienes se hicieron mis amigos. En 2004 hubo en Cancún, Quintana Roo, una asamblea internacional de Interpol, en la que estuvo Cueto [López]. Los jefes regionales [de Interpol] trataban muy bien a Cueto; le hacían muchas distinciones. Roberto García estuvo en esa reunión y Cueto cubrió sus gastos.”

“Felipe” dio detalles de cómo Cueto López se manejaba con mucha facilidad entre los agentes federales comisionados en Interpol, quienes tenían acceso a datos de los movimientos del narcotráfico en la región de México y Centroamérica. “Lo trataban con mucho respeto”, declaró.

Por recomendación de Cueto López, “Felipe” inició una nueva etapa en su carrera profesional: el 30 de septiembre de 2005 lo asignaron a la oficina de Interpol en el aeropuerto de la ciudad de México, un codiciado terreno para los narcotraficantes. De hecho, los cárteles de los Beltrán Leyva e Ismael *el Mayo* Zambada se disputaron a sangre y fuego, con asesinatos de policías federales y algunos trabajadores, el control de la terminal.

A los dos meses de su llegada a la terminal aérea y con su comisión en Interpol, comenzó a colaborar con las organizaciones criminales: “Patiño me llevó a comer en noviembre de 2005 con una persona a la que le decían Campana [el testigo no dio más señas y datos de Patiño; simplemente hizo referencias de él por el apellido. Tampoco ofreció detalles de Campana]. Nos reunimos en el restaurante Cúcara Mácara, en la zona de vuelos internacionales del aeropuerto. Ahí me dijeron que a cambio de dinero, sin especificar la cantidad, entretuviera a mi gente en la oficina cuando me lo indicara Patiño”.

“Así lo haré cuando se pueda, en la medida de mis posibilidades”, soltó “Felipe”.

El pacto dio sus primeros frutos a finales de ese mes. Sus contactos lo convocaron una noche en el estacionamiento del Sanborns de Circuito Interior, cerca de la terminal aérea, para recibir un “paquete”, un envoltorio cubierto con papel periódico. Con el bulto en la mano, llamó a su amigo Cueto López, quien le ordenó que se trasladara inmediatamente a su domicilio en el fraccionamiento Valle Escondido, en el Estado de México.

El “topo” llegó a casa de su padrino político, quien le arrebató el paquete y arrancó de golpe el papel periódico. Cueto López parecía olisquear el dinero. Desprendió la cinta adhesiva y saltaron varios fajos con billetes verdes.

“¡Son 15 mil dólares!”, celebró Cueto López, que hizo la repartición: 10 mil para “Felipe” y cinco mil para él.

Siguieron varios encuentros con abogados de narcotraficantes y enviados de la mafia, siempre bajo el manto protector de Cueto, que no paraba de presumir sus contactos e incluso su incursión en la política, con aportaciones a una campaña electoral para el municipio de Coatzacoalcos, en el estado de Veracruz.

“Entre 2005 y 2006 me enteré por dicho de Cueto López que él y otra persona apoyaron con dinero la campaña a la presidencia municipal de Coatzacoalcos, Veracruz, la cual perdieron. Además, en pláticas que tuve con él, me comentó que llevaba muchos asuntos con Fernando Rivera, Roberto García y Milton [Cilia], y ganaban dinero”, contó a los federales mexicanos. En un segundo interrogatorio, sólo mencionó que la colaboración económica había sido para el Partido Revolucionario Institucional (PRI), pero no ofreció montos ni mayores detalles ni nombres de los operadores políticos. Hay otras historias de narcotraficantes que han dicho que respaldan económicamente campañas electorales en algunos estados del país.

La cúspide de su carrera de colaboración con el narcotráfico llegó también por intermediación de su padrino. “Felipe” había logrado penetrar y vulnerar los sistemas de seguridad de la embajada de Estados Unidos en México. En su relato ante los agentes mexicanos dio los detalles de la primera entrega de información sensible, datos extraídos de las entrañas del US Marshals, a los enviados del cártel de los hermanos Beltrán: “A fines de noviembre de 2007 Cueto López me presentó a una persona a quien llamaban *el 19* o Lázaro”. Se trataba de un enviado de la mafia que quería datos de los operativos destinados a capturar a un mafioso de raza negra, Craig Petties, un estadounidense que se había asentado en una casa de Bosques de las Lomas y que tenía relación de negocios con *la Barbie*. Las autoridades de Estados Unidos estaban montando un plan para lograr el arresto del fugitivo.

La cita para acordar el intercambio de información sobre el estadounidense se realizó en el estacionamiento del Sanborns ubicado en Lomas Verdes, Estado de México. “Felipe”, Cueto y *el 19* hablaron dentro de una camioneta ×5 BMW, propiedad de Cueto.

“Te voy a dar 30 mil dólares mensuales por mantenerme informado de lo que ocurra con el caso [Petties]”, ordenó *el 19*.

Días después, “Felipe” les llevó un reporte sobre la estrategia de US Marshals para lograr el arresto de Craig Petties, alias *Li'l Dudes* o *Li'l Graig*, uno de los 15 fugitivos

más buscados en Estados Unidos. El gringo estaba ligado con los Beltrán Leyva en el tráfico de drogas a territorio estadounidense; su contacto en México era *la Barbie*, que operaba desde una oficina ubicada en una elegante colonia de la zona conurbada del DF.

Los narcotraficantes recompensaron a “Felipe” por la primera entrega de información sobre el cerco contra Petties. “*El 19* me citó a principios de diciembre de 2007 por la zona de Pabellón Bosques para pagarme lo acordado, pero no llegó porque estaba en una fiesta en Puebla. Me dijo que me fuera para allá. Gerardo, el chofer de Cueto López, y yo salimos para allá. Acompañado de otras personas, *el 19* me esperaba en un Mustang negro. Me dio los 30 mil dólares y un radio Nextel para que estuviera en contacto. Luego, *el 19* y sus acompañantes se retiraron. Gerardo se llevó el dinero para entregarlo a Cueto López”, narró “Felipe”.

Craig Petties, narcotraficante nacido el 11 de diciembre de 1976 en Memphis, Tennessee, tenía su residencia en la zona de Interlomas, Estado de México. Abandonó su casa cuando la gente de los Beltrán Leyva le dijo que los gringos habían iniciado la cacería; buscó distintas guaridas en el estado de Querétaro.

Agentes de la DEA y del US Marshals lo ubicaron posteriormente en esa localidad. En enero de 2008 militares y federales mexicanos realizaron cateos en distintas casas del fraccionamiento Milenio III, en la capital queretana, y arrestaron a Petties bajo el cargo de encabezar una gran organización de tráfico de drogas y lavado de dinero en Estados Unidos.

Desde su terminal de la embajada de Washington, “Felipe” supo que Petties iba a ser arrestado, que los agentes de la DEA lo tenían ubicado en Querétaro. Pronto transmitió el mensaje a la organización de los Beltrán, pero los mafiosos no pudieron hacer nada para ayudar a su socio: el fugitivo caía en manos de la justicia de Estados Unidos. Su caso está en una corte estadounidense, donde además enfrenta acusaciones de homicidio y amagos de los fiscales por solicitar la pena de muerte.

El círculo entre *el 19* y el investigador criminal del US Marshals se cerró a mediados de junio de 2008. *El 19* siguió a “Felipe” hasta su Jetta, lo interceptó en las calles de Río Tigris y Río Pánuco, muy cerca del Blockbuster, a unas cuadas de la embajada de Estados Unidos en el Distrito Federal.

—¿Puedo subir? —le preguntó a “Felipe”, quien miró por el retrovisor e hizo un movimiento de cabeza hacia el asiento del copiloto.

—Me costó trabajo localizarte —dijo el mafioso.

*El 19* explicó que necesitaba la colaboración del investigador criminal para un “asunto”. Le pagarían a destajo por cada información solicitada que le entregara: ya no habría mensualidad de por medio. La cuenta del caso Petties estaba saldada con la entrega de los 30 mil dólares. “Felipe” escuchaba en silencio y miraba por el retrovisor.

—*La Barbie* quiere demostrarles a sus jefes que ha recuperado los contactos de alto nivel. Quiere los nombres y teléfonos de los agentes de la DEA en México —ordenaba el mafioso.

De su chamarra de cuero, *el 19* sacó un celular nuevo y lo puso entre las piernas de “Felipe”, que se resistía a tomarlo.

—Es para que te mantengas en contacto, para que te comuniques por si pasa algo —le dijo.

“Felipe” aventó el celular en la guantera del Jetta. No deseaba que sus jefes de la embajada detectaran el teléfono. Cueto López apareció 10 minutos más tarde y abordó el coche: lo primero que hizo fue reclamarle viejas deudas *al 19*, miles de dólares que no llegaron a los bolsillos de los agentes corruptos de la SIEDO.

—Nos quedaste mal —escupió Cueto, sentado en la parte posterior del compacto.

—No fue problema mío, sino de *la Barbie*. Ya no quiso pagar más —se defendió *el 19*.

Luego contó una historia: *la Barbie* había levantado a uno de sus hermanos. No explicó las razones del levantón. Lo único que dejó claro es que él había tenido que refugiarse durante un mes en Guatemala.

—*La Barbie* quiere recuperar sus contactos y yo quiero recuperar a mi hermano —les dijo.

Esa noche, “Felipe” cenó cortes finos con Cueto López en el restaurante Black & Black de Ciudad Satélite.

—Ya no quiero nada con *el 19* —dijo el ahora testigo protegido, y entregó el celular a su padrino.

—Yo me hago cargo —contestó Cueto, quien tomó el aparato, se lo guardó en la bolsa del pantalón y comentó que él tampoco deseaba tener ya ningún compromiso con el enviado de *la Barbie*.

Días más tarde, federales estadounidenses ofrecieron a “Felipe” acogerse al programa de testigos protegidos. El infiltrado viajó a Estados Unidos para participar en un supuesto seminario de la DEA. Ahí lo pescaron. Debía poner en sus manos toda la

información relacionada con la infiltración del crimen organizado en la PGR. Con una nueva identidad, “Felipe” juró, ante los federales que lo interrogaron el 2 de julio de 2008, que nunca más volvió a ver al *I9*, que “nunca le entregó documentación con logotipos oficiales de la embajada ni le proporcionó información sobre personas o ciudadanos que trabajan en la embajada de Estados Unidos de América en la ciudad de México, y que sólo fue una vez cuando recibió el pago por parte del *I9*”.

El empleado de la representación diplomática ignoraba que desde hacía meses era objeto de investigación. Los agentes extranjeros habían descubierto que la fuga de información conducía hasta su cubículo en la embajada. Cuando jalaron el hilo, advirtieron que los cárteles de la droga estaban metidos en el clóset de la SIEDO. “Felipe” dijo a los agentes del Ministerio Público Federal que vio a Cueto López por última vez el lunes 23 de junio de 2008. El testigo estrella de las agencias estadounidenses había destapado la cloaca del caso de corrupción más escandaloso del siglo XXI en México.

Acapulco, ejecución  
en *prime time*

“Mi nombre es Juan Miguel Vizcarra Cruz; vivo en calle Carranza número 26, colonia Pescadores. Estuve en el Ejército mexicano y ocho meses de GAFE (Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales)”, narró ante una cámara de video el sicario de los Zetas, grupo de narcotraficantes antagónico en 2005 al cártel de los hermanos Beltrán Leyva. Años más tarde estas dos bandas criminales hicieron un efímero pacto.

El ex militar no mencionó la localidad de su residencia, pero se trataba de Tamaulipas, el centro de operaciones del cártel del Golfo y su grupo armado los Zetas. Al minuto 5 con 46 segundos del video, un sujeto con guante negro en mano colocó la punta de una escuadra .45 en la cabeza del desertor del Ejército mexicano.

“¿Y tú, güey?”, preguntó con sarcasmo el hombre que, después se supo, era Édgar Valdez Villarreal, *la Barbie*, gatillero de los Beltrán Leyva. Sin más preámbulo jaló el gatillo. Un “plop” seco se escuchó en el lugar, un cuarto con una pared y piso forrados de plástico negro, bien acomodado para evitar que la sangre salpicara las paredes de aquella casa ubicada en el puerto de Acapulco.

El cuerpo del hombre, con huellas de tortura en el rostro, hombros y brazos con hematomas y las manos atadas al frente, se desvaneció, se escurrió lentamente frente a la cámara de video. Otros tres sujetos, sentados a su lado y maniatados, no se atrevieron a atisbar siquiera el cuerpo inerte de Vizcarra Cruz. La cámara hizo un lento acercamiento hacia el rostro del muerto. Un hilo de sangre lamió muy despacio la oreja izquierda del ex GAFE, conocido entre su tropa de sicarios como *Zeta 17*.

Ese diciembre de 2005, millones de mexicanos vieron, en la televisión y los portales web de noticias, el contenido de una de las primeras ejecuciones del narcotráfico videograbada; más tarde se supo que había sido filmada en una casona del centro turístico más importante del estado de Guerrero. Las autoridades federales comenzaron una presunta cacería con una hipótesis que parecía sólida: ajuste de cuentas entre los hermanos Beltrán Leyva y los Zetas.

El narcovideo, fechado el 16 de mayo, viajó varios miles de kilómetros antes de llegar



al Distrito Federal. Aterrizó de manera anónima en la primera estación a mediados de octubre de 2005: la lejanísima redacción del *Kitsap Sun*, un diario de 30 mil ejemplares con circulación en un área suburbana de Seattle, estado de Washington. Los directivos del periódico explicaron a la prensa que habían recibido un sobre sin remitente. “Fue una sorpresa conocer el contenido [...] Pensamos que se trataba de un video publicitario que había sido distribuido entre otros periódicos.”

Posteriormente, otra copia de la cinta tuvo una segunda parada: las oficinas de la PGR en la ciudad de México y, la última estación con una tercera copia: la redacción del periódico *Dallas Morning News*, en Texas. Ninguna agencia policiaca de Estados Unidos confirmó o negó la eventual participación del Buró Federal de Investigaciones, el FBI, en la múltiple siembra de la grabación, que en una de sus partes sugería una presunta implicación con el narcotráfico del entonces subprocurador general de la República encargado de la lucha contra el crimen organizado, José Luis Santiago Vasconcelos.

El 7 de diciembre de 2005, el procurador general de la República, Daniel Cabeza de Vaca, hizo una férrea defensa del trabajo y la honestidad de su subordinado, Santiago Vasconcelos: “Es muy claro que todo el video es fabricado para perjudicar a las instituciones; es muy claro que es una respuesta, por un lado, al grupo delictivo que está reclamándoles una plaza, pero, por otro lado, una forma de contestar a una autoridad, de tratar de debilitar a una autoridad que está atacándolos constantemente, encarcelándolos y debilitando sus estructuras y sus organizaciones, y tratan de pegarnos donde más nos duele, que es en la credibilidad de la sociedad”, argumentó en una entrevista con este reportero, publicada en el diario *El Universal*.

Nadie puede tomar en serio las acusaciones de un puñado de delincuentes, que participaron de una “bien planeada operación de contrainteligencia”, dijo para cerrar la charla el entonces procurador, que para ese momento hablaba de dos investigaciones federales en curso por el contenido del narcovideo, cuya crueldad impactó a buena parte de los mexicanos, quienes poco a poco han visto cómo aumentan en el país los niveles de violencia entre los narcotraficantes y los asesinatos de civiles (daños colaterales, les llaman las autoridades). Nunca se dieron a conocer los resultados de las indagatorias.

Norma Elizabeth Olguín Servín, pareja sentimental de Vizcarra Cruz, dio a los investigadores federales algunas claves de la ejecución filmada en mayo de 2005 en Acapulco, plaza tomada por los Beltrán Leyva. De hecho, los mafiosos sinaloenses tenían en ese entonces tomado todo el corredor de los estados de Morelos y Guerrero.

En una importante declaración ante funcionarios de la PGR, Norma Olguín ofreció detalles del levantón de los Zetas, la participación de agentes corruptos de la AFI, al servicio de *la Barbie*, y señas del lugar de la tortura y ejecución de los integrantes del grupo criminal antagónico a los Beltrán Leyva. Ella y su hija estuvieron en esa casa de Acapulco, utilizada para el multihomicidio, pero al final fueron liberadas. Las dejaron libres y salvaron la vida.

Vizcarra Cruz, ella y su hija fueron interceptados en el puerto de Acapulco por cuatro camionetas Suburban, de las que saltaron 12 hombres con supuestos uniformes de la AFI: “Cuatro de ellos se acercaron a Juan Miguel y lo llevaron hacia una de las camionetas. A mi hija y a mí nos llevaron a otro de los vehículos. El que iba al mando de esos hombres armados se comunicó con alguien por celular y le reportó: ‘Estamos en el lugar cero y vamos al lugar de punto’. A Juan Miguel yo vi cómo lo llevaron a la parte alta de ese lugar y lo golpearon con un tubo en el estómago. Luego observé cómo bajaron a varios hombres y los metieron a una habitación”, quedó asentado en las diligencias del expediente 88/2005 del Juzgado Quinto de Procesos Penales Federales.

Norma Olguín reconstruyó detalladamente algunas frases de los matones a sueldo de los Beltrán Leyva. Uno de los captores se comunicó por radio con el jefe de la operación, el temible Édgar Valdez Villarreal: “*Barbie*... perdón, comandante, suba”. Cuando liberaron a la mujer, uno de los sicarios obsequió una frase que ella nunca olvidó: “No denuncie, olvídense de todo esto y viva su vida... olvídense de todo lo que vio”.

Antes de la emboscada, Vizcarra Cruz, *Zeta 17*, había confesado a su mujer, Norma, que él y sus hombres habían viajado al puerto de Acapulco para ajusticiar a *la Barbie*. El relato quedó asentado en cientos de fojas del proceso judicial. El sicario había llevado a su pareja y a la niña a una operación criminal para eliminar a uno de los enemigos de su grupo, como quien lleva a su familia a un viaje de negocios.

El matón relató a Norma que era un asesino a sueldo, que estaba buscando a *la Barbie* y sus sicarios para ajustarles cuentas por haberse metido en su territorio, Tamaulipas, y haber asesinado a la familia de un Zeta. “Tengo el encargo de levantarlos”, explicó. Pero la contrainteligencia de *la Barbie* y algunos agentes de la AFI corruptos dieron el tiro de gracia a los planes de Vizcarra Cruz, el jefe del comando del cártel del Golfo, que murió con una bala en la cabeza frente a una cámara de video.

Después del multihomicidio, otro grupo de agentes de la AFI viajó al puerto de Acapulco para investigar las ejecuciones de los Zetas. Los federales iban bajo el mando

de Fernando Rivera Hernández, ex militar, coordinador de Inteligencia de la SIEDO y enlace con el área de Inteligencia de la Secretaría de la Defensa Nacional. Tez morena, 1.75 metros de altura, 50 años, ojos oscuros y complexión robusta, Rivera Hernández tenía residencia en Xalapa. El expediente de Operación Limpieza lo ubica como uno de los funcionarios que recibían fuertes sumas en dólares de parte de José Antonio Cueto López, el enlace entre el cártel de los Beltrán Leyva y agentes federales, y elementos militares corruptos.

Parco, en una declaración ministerial fechada el 2 de agosto de 2008, Rivera Hernández dijo que el comandante Roberto García y Milton Cilia (acusados también de estar asociados con Cueto López y *el 19*) encabezaron la investigación en Acapulco.

“Se logró la detención de uno de los ‘halcones’”, comenzó su relato, usando monosílabos y negando tanto las imputaciones de los federales como los señalamientos de un testigo protegido denominado “Moisés”.

Los halcones son integrantes de los cárteles de la droga encargados de vigilar distintas áreas bajo control de los narcos; son los encargados de dar los pitazos y la ubicación de las fuerzas federales.

“Fue trasladado [el ‘halcón’] a la ciudad de México. De regreso a Acapulco, el ‘halcón’ nos señaló algunas casas de seguridad. En uno de los inmuebles encontramos vendas con indicios de sangre y fornituras. La casa estaba semivacía, con las características de una casa de seguridad. Después de que vimos el video [de la ejecución], supimos que se trataba de la misma casa donde habían sido ejecutados los Zetas”, concluyó de mala gana el ex militar, un hombre rudo en su trabajo.

Durante la localización del sitio donde ocurrió el multihomicidio, la PGR recibió denuncias anónimas de la presunta participación de elementos de la AFI en el levantón de los Zetas en Acapulco. “Encontrándonos en la plaza, nos ordenaron detener a algunos integrantes de la AFI, entre ellos su comandante”, explicó Rivera Hernández.

El 4 de agosto de 2008 el testigo protegido “Moisés” informó que seis elementos de la AFI fueron trasladados a la ciudad de México, acusados de ayudar a *la Barbie* a ejecutar a los hombres del cártel del Golfo. Pronto comenzarían las represalias por el arresto de agentes federales, acusados de participar en el multihomicidio de Acapulco. “Moisés” narró que las cabezas de Rivera Hernández y el agente Roberto García García tenían un precio por haber arrestado a sus compañeros.

Apenas comenzaba la feria de declaraciones de testigos protegidos que explicaban

cómo el caso Acapulco se había convertido en el primer contacto de los mandos de la SIEDO con el cártel de los Beltrán Leyva, quienes estaban muy interesados en que las investigaciones del narcovideo fueran a parar a la congeladora; ellos querían “calmar la cosa”. La muerte de los Zetas y la difusión masiva de la cinta habían calentado la plaza y eso no convenía a la organización criminal. Los enganchadores del cártel comenzaron a tejer para comprar voluntades al más alto nivel en la PGR.

“David”, uno de los federales corruptos que se acogió al programa de testigos protegidos, explicó el 5 de agosto de 2008 cuánto dinero costó a *la Barbie* que el expediente se traspapelara en las oficinas de la institución federal encargada de combatir al crimen organizado. Narcos y policías federales pactaron la entrega de 50 mil dólares mensuales.

“Primero me amenazaron de muerte en la avenida Juárez, antes de llegar a las oficinas de la SIEDO, ubicadas [en ese entonces] en Reforma 23 [en el centro de la ciudad de México]. Un hombre se me acercó y me dijo: ‘Cuídese y cuide a su familia, porque abusaron en la detención de los 103 de Acapulco’ —relató este ex agente de la SIEDO—. ‘¡Váyase formando porque son muchos los que me amenazan!’”, gruñó “David” al desconocido.

Al día siguiente, “David” se reunió con su amigo, confidente y cómplice de fechorías, José Antonio Cueto López, para contarle que había recibido amenazas de muerte por el caso Acapulco, la detención de federales vinculados con *la Barbie*. Cueto López dijo a “David” que a él también lo tenían en la mira: “Saben dónde vivo y me tienen ubicado como gente del Ejército. Por esa razón, prefieren hablar conmigo y arreglar las cosas”. La gente de *la Barbie* había hecho contacto con Rivera Hernández, García García, Milton Cilia y Cueto para llegar a un arreglo, una suerte de tregua, para cerrar el caso Acapulco y comenzar a infiltrarse en la SIEDO. Pidieron una reunión en un lugar público.

Desconfiado, Cueto López acudió al restaurante Angus en Ciudad Satélite. Al lugar llegó un hombre muy corpulento, de unos dos metros de estatura, con el cabello lacio peinado con gel hacia atrás. El hombre se presentó como el contador de la organización de los Beltrán Leyva. Informes de inteligencia federal lo ubican como Sergio Villarreal Barragán, *el Grande*, sicario de confianza de Arturo Beltrán Leyva.

*El Grande*, ex operador del cártel de Juárez, ex policía judicial federal, tiene 38 años, mide 1.98 metros, es de tez blanca y pesa 115 kilogramos. Es conocido en el norte del país por su crueldad. Desde 2003 manejaba los movimientos del narcotráfico en

Durango. La Operación Limpieza lo ubica como un enviado de los Beltrán Leyva al Distrito Federal para negociar protección con altos mandos y agentes federales de la PGR.

“Estoy muy molesto porque golpearon y maltrataron al encargado de la AFI en la plaza de Acapulco”, soltó sin preámbulos *el Grande*, que tiene fama de asesinar personalmente a sus enemigos. El mafioso miraba de frente a Cueto López. “Sabemos que eres militar y por eso no te vamos a matar. Queremos arreglar las cosas”, concluyó.

El anzuelo del *Grande* había tocado en 2005 a los mandos de la SIEDO. Comenzaba una etapa de año y medio de colaboración entre oficiales corruptos y *la Barbie*. El presunto contador del grupo criminal ofreció 50 mil dólares mensuales a Cueto López y su gente para tener información de los operativos antinarcóticos en los estados de Morelos y Guerrero. Por supuesto, el trato enterró la investigación de la ejecución de los Zetas en Acapulco e incluyó la entrega de información de las pesquisas, que contenían las declaraciones de Norma, la pareja sentimental del *Zeta 17*. *El Grande* deslizó en la mesa un teléfono Nextel, por “ser más seguro”, para estar en contacto.

“Los pagos se realizaron en dólares en las plazas Cuicuilco, Miramontes y abajo del puente del Periférico y avenida Zacatepec. El dinero se repartía con el jefe y otro compañero. Después de año y medio o dos años dejó de funcionar el radio y nunca más tuvimos comunicación con esa persona [*el Grande*]”, explicó “David”, quien desenmascaró la estructura, la red de corrupción en la SIEDO.

A partir de este momento, los narcotraficantes y los agentes federales encargados de combatir a la delincuencia sellaron un pacto que duraría hasta mediados de 2008, un acuerdo que los Beltrán Leyva rompieron con el arresto de uno de los más importantes cabecillas del cártel, el hombre que manejaba las finanzas de la organización criminal, el hermano de Arturo.

El narcovideo de Acapulco sirvió, a fin de cuentas, como el primer enlace de los narcotraficantes para infiltrarse en la SIEDO.

## La huella del tigre

“¡Es usted un berraco! Ya verá que vamos a tener buenos asuntos”, soltó el colombiano Juan Diego Espinoza Ramírez, *el Tigre*, acusado de ser el principal proveedor de cocaína y metanfetaminas del cártel de Milenio, la organización de los Valencia. Caminaba al lado de un narcotraficante mexicano en la plaza comercial Isla Dorada de Cancún. Al terminar de hablar puso una mano en el hombro de su acompañante, quien posteriormente se convirtió en el testigo protegido “Alonso”.

“Estamos interesados en que jales con nosotros, que te hagas cargo de la logística para recibir los embarques de coca que llegan de Colombia a Cancún, Tijuana y Puerto Peñasco”, remató Juan Diego.

El encuentro se dio el 5 de marzo de 2005 en el puerto turístico más importante de Quintana Roo. “Alonso” proporcionó a la PGR indicios del modo de operar de la organización criminal de Sandra Beltrán Ávila, *la Reina del Pacífico*, pareja sentimental del *Tigre*, y de cómo algunos comandantes de la SIEDO colaboraban con la vigilancia de los embarques de cocaína que llegaban desde Colombia. Los oficiales cooperaban para que todo el cargamento arribara, literalmente, a buen puerto.

*La Reina del Pacífico* y *el Tigre* fueron detenidos en septiembre de 2007, acusados de ser los principales enlaces entre los cárteles mexicanos y las organizaciones criminales colombianas para el tráfico de cocaína. Datos de inteligencia de la Secretaría de Seguridad Pública federal, entregados ese año a la prensa, aseguran que Beltrán Ávila forma parte de una familia dedicada al narcotráfico. Su tío abuelo, Juan José Quintero Payán, fue extraditado en enero del mismo 2007 a Estados Unidos, junto con otros 14 narcotraficantes. *El Tigre* fue entregado a las autoridades estadounidenses en diciembre de 2008, como parte de un proceso de extradición. Sandra Beltrán Ávila permanece en el Centro Femenil de Readaptación Social de Santa Martha Acatitla.

El 2 de septiembre de 2005 “Alonso” desveló el círculo de corrupción entre funcionarios federales y estatales con la organización de *la Reina del Pacífico* y su novio *el Tigre*. Los diálogos que desenmascararon la infiltración entre mandos de la SIEDO

fluyen en la narración del ex narco traficante convertido en testigo protegido: “El 5 de marzo de 2005, me encontraba en la entrada del acuario de la plaza comercial Isla Dorada de Cancún, donde conocí a un sujeto de nacionalidad colombiana que le apodaban *el Tigre*, que llegó acompañado de cuatro sujetos (todos originarios de Colombia). Dos de ellos me reconocieron y se acercaron a saludarme”.

—¿Cómo le va, hermano? ¿Qué hace usted por aquí? —preguntó uno de los acompañantes del narcotraficante.

—¿Ustedes lo conocen? —interrogó Espinoza Ramírez a sus acompañantes, los hermanos Trujillo. Los colombianos operaban la venta y el tráfico de drogas desde el corazón del Distrito Federal.

Jorge Trujillo, uno de los compinches de Espinoza Ramírez, sonrió al mexicano y tranquilizó a su jefe:

—Es gente de confianza.

Antes habían cerrado negocios de compra de efedrina y cocaína en una *suite*, convertida en oficina, del hotel Marco Polo, en la Zona Rosa de la ciudad de México.

Algunos comandantes de la PGR acudían puntualmente cada mes a la *suite* del *Tigre* para cobrar renta, una cuota para dejar que los mafiosos colombianos operaran libremente en el Distrito Federal y en Cancún. “Alonso” dio nombres, apellidos y apodos de dos federales que a mediados de la década del 2000 protegían los intereses del narcotráfico: el comandante Librado y el comandante Toño, alias *Capulina*, quien posteriormente fue identificado como Antonio Mejía Robles, de 41 años.

La ficha de Mejía Robles, *el Capulina*, daba cuenta de su largo historial en la estructura de la PGR, en el área de combate a la delincuencia organizada. En 2001 tenía a su cargo la dirección general adjunta en la Policía Judicial Federal, que posteriormente se transformó en la Agencia Federal de Investigación. Ahora se encuentra preso en el penal de máxima seguridad de Occidente, acusado de colaborar con los cárteles de la droga.

Como pruebas de su encuentro con Espinoza Ramírez y los hermanos Trujillo, el testigo “Alonso” presentó algunas fotografías de la plaza comercial de Cancún y datos de su estancia en el hotel Camino Real, “donde me hospedé cuando viajé para la entrevista que tuve con *el Tigre*”.

Ante los federales, relató cómo operaba la organización de *la Reina del Pacífico* en aquella *suite* de un hotel de la Zona Rosa y cómo algunos mandos federales acudían por



sus mensualidades. Los federales corruptos formaban parte de la estructura de la PGR encargada de investigar a los grupos criminales y tenían sus oficinas en un área de seguridad del quinto piso de la SIEDO.

“Al comandante Toño lo vi en una ocasión a finales de 2002 en una *suite* del hotel Marco Polo de la Zona Rosa, que diversos colombianos, entre ellos los hermanos Trujillo, usaban como oficina. Me encontraba en ese lugar haciendo negocios de compraventa de efedrina y cocaína con Jorge Trujillo. Entonces vi cuando Jorge Trujillo sacaba dólares de un cajón y los metía en un sobre color manila.”

En esa ocasión, Trujillo interrumpió su charla con “Alonso”. Se levantó de una mesa que le servía de escritorio y saludó al comandante Mejía Robles, *el Capulina*, para luego entregarle el sobre lleno de dólares. El federal lo tomó de prisa y de la misma forma salió de la habitación. “Es un comandante que tengo comprado. Trabaja para nosotros. Nos da protección en los cargamentos que llegan por Pachuca y da protección a esta oficina”, presumió el colombiano.

El testigo protegido dijo que estaba seguro de la identidad del comandante Antonio Mejía Robles porque lo había visto en dos ocasiones, una en las oficinas de la SIEDO y otra en la cárcel, el Reclusorio Sur de la ciudad de México, al que acudió para hacer una visita. Algunos agentes corruptos acudían a la prisión a cerrar tratos de compra de drogas, con un contacto del cártel de Sinaloa que operaba desde las entrañas del sistema penitenciario. “Era la misma persona que me había presentado *el Compa*, al que le decían *el Güero Gil*, quien se encontraba recluido en el dormitorio nueve... Me lo presentaron como el comandante que los estaba ayudando para transportar y proteger droga proveniente de Colombia. Me encontraba en la celda del *Güero Gil*, porque estaba realizando un jale [compra] de cocaína”, narró “Alonso”.

En la celda nueve, *el Güero Gil*, un ex policía de Texas identificado por la PGR como integrante de la célula del cártel de los hermanos Beltrán Leyva, y el comandante Antonio Mejía Robles hablaban, se jactaban del *modus operandi* para la llegada de cargamentos de cocaína en la ruta Colombia-Quintana Roo: utilizaban la infraestructura de la PGR para proteger la carga. Estos embarques llegaban a Cancún, a una casa que tenía asegurada la PGR en el fraccionamiento Isla Dorada, un inmueble confiscado por el gobierno federal, que al mismo tiempo era utilizado para actividades criminales. Se trataba de un lugar seguro para los narcotraficantes que habían comprado al que

llamaban *el Capulina*. El 7 de diciembre de 1998, la PGR dio a conocer una serie de predios e inmuebles asegurados al crimen organizado en Cancún, entre ellos la casa número 29 del conjunto residencial Isla Dorada, mencionada por el testigo protegido. Con ese cruce de datos, los fiscales federales le dieron credibilidad al testimonio de “Alonso”.

*El Güero Gil*, el comandante Mejía Robles y “Alonso” platicaron de la logística y el cuidado de los cargamentos de cocaína. Los federales escucharon las quejas del narco preso, que operaba el trasiego desde el Reclusorio Sur: desde el Distrito Federal estaban enviando mucha supervisión a Cancún y había que soltar cifras cada vez más altas a los federales. “Les tenemos que dar más dinero para que nos dejen seguir jalando sin tantos pedos”, se lamentó *el Güero Gil*.

Después de la primera declaración, en la que vinculó a los comandantes Librado y Mejía Robles, alias *el Capulina*, el testigo protegido “Alonso” volvió a colaborar con la PGR. El 25 de marzo de 2006 señaló a Fernando Rivera Hernández, coordinador de Inteligencia de la SIEDO, como parte de la red de protección del cártel encabezado por Sandra Beltrán Ávila, *la Reina del Pacífico*.

“Hay una tercera persona involucrada de apellidos Rivera Hernández. Lo identifiqué junto con las otras dos personas [Librado y Antonio Mejía Robles] cuando fui trasladado a las oficinas de la PGR, ubicadas en Paseo de la Reforma, cerca del metro Hidalgo.” “Alonso” explicó a los agentes del Ministerio Público Federal que vio a los federales el 8 de octubre de 2003. “Unos colombianos de nombres Juan Diego y Páramo me lo presentaron a finales de 2002, en el Reclusorio Sur. Estas personas estaban presas porque trabajaban para el cártel del Milenio, de los Valencia.”

“Alonso” recordó una cita de negocios y diversión con los narcos colombianos Juan Diego Espinoza Ramírez, *el Tigre*, Páramo, Jairo y Armando en el *table dance* Lord Jones, ubicado en la Zona Rosa. Rivera Hernández se encontraba en la misma mesa de los mafiosos. Jairo hizo las presentaciones de su amigo el comandante federal: “Es un berraco, camarada, buen cabrón, como dicen en México. Siempre anda pilas, siempre listo, nos mantiene al tanto de cualquier vaina o asunto en contra de nosotros. Trabaja en la PGR y nos da información de los operativos”.

Rivera Hernández conversó y compartió tragos con “Alonso”. Los federales hablaron de sus negocios con la mafia. El comandante terminó la fiesta con la confesión de que

también hacía “trabajitos” para el narcotraficante Ismael *el Mayo* Zambada y cómo ocultaba las ganancias de los pagos de la mafia.

—Mire, cabrón, no soy pendejo. Todo lo que he empezado a hacer en el tiempo que llevo en la PGR, lo he puesto a nombre de mis familiares y amigos de confianza, por si algún día me carga la verga. No hay nada a mi nombre. Me investigarán y no encontrarán nada a mi nombre. Si me mandan a la chingada, tendré que resolver porque tengo gustos caros. A mi familia le he dado un modo de vida bastante caro. Yo tengo gustos caros, como correr autos tubulares; además me gusta el pedo, las viejas, y le he dado gustos a mi vieja y mis hijos; una de mis hijas salió muy deportista y hace triatlón.

—Aproveche, comandante. Esos puestos son prestados —punzó “Alonso”.

—No hay pedo, hasta que dure la fiesta —sonrió Rivera Hernández y chocó su vaso con el de “Alonso”.

Nadie sabe nada

La reunión se realizó en una cafetería del rumbo de Tacuba, al norte de la ciudad de México. El sargento Pedro Bárcenas medía el rostro de su interlocutor, el también sargento Pedro González Franco, quien acudió a la cita vestido de civil, aunque con el inconfundible sello militar que da el casquete corto. Pedro Bárcenas no se entretuvo en preámbulos. Las cabezas de “La Empresa”, un grupo de narcotraficantes que se infiltraron en la sección de Inteligencia del Ejército para obtener información y datos de los operativos antinarcóticos y la cacería contra los capos de la droga mexicanos, tenían prisa por cerrar el pacto y conseguir información, mucha información que poseía la Secretaría de la Defensa Nacional sobre los movimientos de los “barones” mexicanos de la droga.

“Necesitamos información sobre Fabián Martínez, *el Tiburón*, porque el jefe se lo quiere chingar”, masculló Pedro Bárcenas, acercando sus labios al oído de González Franco. Más tarde se supo que ambos militares volvieron a reunirse dos veces más. En la primera entrevista, Bárcenas dijo a González Franco: “Queremos datos para localizar a los hermanos Tomás y Manuel Coronel, miembros del cártel de Juárez, que tenían o tienen un restaurante en Lago de Guadalupe, en el Estado de México”.

Insaciable, Bárcenas también exigió informes de Alcides Ramón Magaña, *el Metro*, uno de los operadores del cártel de Juárez en la región sureste del país, un narco que tomó la plaza de Cancún para establecer una ruta hacia el norte, una línea que cruzaba el Caribe, el Golfo de México, y acribillaba la frontera chica tamaulipeca hasta los Estados Unidos.

A cada una de esas reuniones, Bárcenas llevaba una libretita con nombres, lugares, números telefónicos y placas de autos, datos que quería corroborar, que pretendía cruzar con los reportes de inteligencia militar que González Franco le iba ofreciendo: informes que sólo los altos mandos del Ejército poseían y utilizaban en la guerra contra las drogas.

El sargento González Franco, agente del Centro de Inteligencia Antinarcóticos (CIAN) de la Secretaría de la Defensa Nacional, tenía muchos de esos reportes a mano. Y no le

costó gran trabajo desprenderse de ellos, a cambio de cantidades que le pagaban en dólares. Simplemente iba deslizando entre los dedos de su compañero de armas la información que provenía, nada menos, de la secretaría particular del titular de la Defensa Nacional.

El pacto entre ambos militares, los Pedros, alargó los tentáculos del cártel de Juárez hacia las esferas más altas de la cúpula del Ejército mexicano. Con el acuerdo entre los dos militares, los narcotraficantes de la familia Carrillo Fuentes, jefes del cártel de Juárez, habían llegado a las oficinas mismas del general Clemente Vega García, entonces secretario de la Defensa Nacional en el sexenio de Vicente Fox.

Con la información elaborada por la Oficina de Inteligencia Antinarcóticos (OIA) de la Secretaría de la Defensa, la cual era entregada a la mafia en un café de la avenida Tacuba o en las estaciones del metro Panteones, Normal y Cuitláhuac, de la línea azul del DF, la estructura del cártel de Juárez logró esquivar las operaciones para la captura de sus líderes, eludir cateos y anticipar operativos de las fuerzas de seguridad del gobierno federal en las rutas del trasiego de estupefacientes. Los jefes del grupo criminal también tuvieron conocimiento de las principales líneas de investigación abiertas en contra de los operadores y sicarios de la banda criminal.

A partir de esas reuniones clandestinas, militares en activo y retirados de la OIA —uno de los cuales estaba comisionado con el general Moisés García Ochoa, secretario particular del entonces secretario de la Defensa Nacional Clemente Vega— usaron información clasificada para conformar La Empresa, como la llamaban, y vender protección a narcotraficantes, principalmente los jefes del cártel de Juárez.

Los mercenarios del grupo de contraespionaje contaban con credenciales del Ejército, la Procuraduría General de la República y la Secretaría de Seguridad Pública del estado de Guerrero, y habían adquirido modernos aparatos de comunicación e intervención telefónica para espiar a las instituciones y a sus enemigos.

Uno de sus brazos se extendía hacia el interior de la Policía Federal Preventiva (PFP); otro extraía datos fundamentales de la desaparecida Fiscalía Especializada para la Atención de Delitos contra la Salud (FEADS), que con el paso del tiempo y la corrosión provocada por la corrupción interna dio origen a la SIEDO, que también en unos años se pudrió por la infiltración al más alto nivel de los cárteles de la droga.

La Empresa se metió a la casa, a la recámara principal del gobierno federal durante la presidencia de Vicente Fox, como ocurrió en años anteriores con el zar antidrogas, el

general Jesús Gutiérrez Rebollo, preso en un penal de alta seguridad por vínculos con el tráfico de drogas.

Las actividades del grupo iban más allá de la compra de voluntades y datos de inteligencia militar. La Empresa apoyó económicamente la campaña electoral de Gonzalo Gallardo, candidato del PRI a la presidencia municipal de Copala, Guerrero, con el objetivo muy claro de obtener beneficios y contratos de obra de quien creía sería el nuevo alcalde. Se trataba de una operación de toma y daca, un asunto ilícito de negocios, paralelo a la penetración de los cuerpos policiacos y del Ejército. Éste es uno de los primeros antecedentes del interés de los narcotraficantes por controlar gobiernos locales. En marzo de 2002, el comandante Marín Ávila invitó a Bárcenas a financiar la campaña política de un compadre, el profesor Gonzalo Gallardo, candidato del PRI a la presidencia municipal de Copala, Guerrero, aspirante que a fin de cuentas perdió la contienda electoral. El enlace con los narcotraficantes dio 300 mil pesos a la campaña electoral del priista. Pero el hecho no pasó a mayores; no hubo escándalo político, porque el dato nunca trascendió, nunca llegó a la prensa.

La Empresa entregó también al cártel de Juárez información que condujo a la captura de uno de sus enemigos, Alcides Ramón Magaña, *el Metro*, que según el testimonio de uno de los involucrados se había convertido en un estorbo para la organización de los Carrillo Fuentes. Las operaciones de contrainteligencia servían para golpear a las organizaciones rivales, venganzas y ajustes de cuentas entre los jefes de los cárteles de la droga mexicanos. *El Metro* controlaba la ruta de drogas en el sureste mexicano, principalmente la codiciada plaza de Cancún, Quintana Roo.

Además, los integrantes de La Empresa proporcionaron datos sobre la ubicación de Fabián Martínez, *el Tiburón*, quien era un célebre gatillero de los hermanos Arellano Félix, jefes del cártel de Tijuana, y fue el matón que organizó el atentado perpetrado en Tijuana contra el periodista Jesús Blancornelas. Hasta donde se tienen noticias, *el Tiburón* fue ejecutado por enemigos de los Arellano Félix.

Entre otros servicios, el clan informó de un contrato para matar a Arturo Hernández, *el Chaki*, encargado de la seguridad personal del jefe del cártel de Juárez, Vicente Carrillo Fuentes, y también operador del tráfico de drogas en el estado de Guerrero. Entregó, asimismo, los domicilios en la ciudad de México del narcotraficante que había ordenado la muerte del *Chaki*: Osiel Cárdenas Guillén, el poderoso jefe del cártel del Golfo, ahora preso en un penal de Estados Unidos.

El general Arturo Acosta Chaparro, enjuiciado por la justicia militar por supuestos nexos con el narcotráfico y quien fue objeto de un ataque armado en mayo de 2010, formó parte de esta trama de espionaje al interior del Ejército. Otros mandos policiacos y jefes del narcotráfico dejaron ver sus rostros en la historia. La penetración de los capos se registró en el sexenio de Ernesto Zedillo, y todavía en 2002 se agregaban escandalosos capítulos, con volúmenes de la historia de infiltración de los capos de la droga que abrazó con miles de dólares a funcionarios de los gobiernos de los presidentes panistas Vicente Fox y Felipe Calderón.

El 21 de octubre de 2002, el procurador general de la República, el general Rafael Macedo de la Concha; el secretario de Defensa, Clemente Vega, y el secretario de Seguridad Pública federal, Alejandro Gertz Manero, informaron de la detención de algunos integrantes de la red de protección al narcotráfico, la llamada “Empresa” del cártel de Juárez. Pero omitieron toda mención a la participación de militares del área de Inteligencia, la OIA, en esas operaciones, y cubrieron con un manto de términos generales la naturaleza de los puestos clave de los cómplices que habían infiltrado en los aparatos de seguridad pública nacional.

La trama comenzó con el traslado en 1995 del sargento Pedro González Franco al anexo de la secretaría particular de la Secretaría de la Defensa Nacional, una oficina conocida como Centro de Inteligencia Antinarcóticos, el CIAN, en ese entonces a cargo del general Moisés García Ochoa, militar de todas las confianzas del secretario Clemente Vega. Junto con el sargento González Franco llegaron al CIAN (actualmente conocido como OIA) los sargentos Marcelino Arroyo, Venancio Bustos y Pedro Bárcenas. Su misión consistía en “llevar funciones de inteligencia” e “investigar personas, direcciones, vehículos y números telefónicos” relacionados con los jefes del narcotráfico. En sólo unos meses, la corrupción los convirtió en espías, en topos al servicio de la delincuencia organizada.

El primero en pasarse del otro lado fue el sargento desertor Pedro Bárcenas. Pronto sus compañeros supieron “que estaba trabajando para una escolta, al parecer para gente de los Carrillo”, pero esto no impidió que lo siguieran frecuentando. El sargento González Franco se comunicó con Bárcenas en alguna ocasión, para saludarlo. Dos semanas después de esa llamada telefónica, ambos militares se encontraron en una cafetería ubicada cerca del Palacio de Cortés, en Cuernavaca, Morelos, entidad que los Carrillo y los Esparragoza habían tomado como territorio de impunidad desde el



gobierno del priista Jorge Carrillo Olea, y en la que siguieron reinando durante la administración panista de Sergio Estrada Cajigal.

Bárceñas fue directo:

—Necesitamos tu ayuda para conseguir información relacionada con Amado Carrillo.

El sargento González Franco se disculpó. En ese momento sólo tenía acceso a informes relacionados con Juan José Esparragoza, *el Azul*, cuya familia estaba asentada en Cuernavaca. Bárceñas sonrió con desprecio, dibujó una mueca.

—De ese cabrón no quiero nada. Es muy codo. A ese cabrón sí quieren chingárselo [el gobierno federal] —escupió malhumorado Bárceñas.

Antes de despedirse, Bárceñas embarró en la mano derecha de su colega un billete de 500 pesos para que se tomara un refresco:

—Güero, aquí hace un chingo de calor —le dijo en tono burlón—. Mira, piensa seriamente en la posibilidad de trabajar con nosotros. Hay buena lana.

Se vieron muchas veces más. Pero en una ocasión Bárceñas llegó acompañado de uno de sus superiores, el capitán Francisco Tornez Castro, *el Capitán Pancho*. Él también fue directo:

—Güero, necesitamos que nos ayudes con información de esas gentes del cártel de Juárez. La decisión es tuya. Hay mucho dinero y te lo vamos a dar.

Tornez le restregó cuatro mil pesos a manera de pacto inicial. González Franco hizo la promesa de una nueva cita. Así ocurrió en una cafetería localizada en la avenida Tacuba, al norte de la ciudad de México. Los militares sellaron pronto el acuerdo. González Franco entregó a la empresa toda la información que poseía del *Metro*. La tenía anotada en una libretita que entregó a sus nuevos patrones.

“Por esas fechas fue cuando agarraron al *Metro*”, dijo el sargento González Franco el 14 de octubre de 2002, al rendir una declaración ministerial sorprendente ante la Procuraduría de Justicia Militar. De hecho, aseguró, la información que entregó al cártel resultó ser tan útil que fue recompensado con cinco mil dólares.

Marcelino Arroyo fue otro de los militares transferidos al CIAN en 1995. Según consta en la causa penal 124/2002/-V, el elemento del Ejército aceptó haber recibido dinero unas 25 veces a cambio de información sustraída de los archivos de la oficina de Inteligencia de la Secretaría de la Defensa Nacional. Aceptó también que sus compañeros Venancio Bustos, que “estaba comisionado con el general García Ochoa”,

Pedro Bárcenas y Pedro González Franco habían aceptado dinero de una “organización que se dedica a dar seguridad a narcotraficantes”.

Derrotado y frente a los fiscales militares, Arroyo reconoció entonces haber recibido pagos que oscilaron entre mil y cinco mil dólares. El sargento Bárcenas le entregaba sobres en breves encuentros en distintas estaciones del metro del DF. Allí mismo, Arroyo hacía el intercambio: datos de los movimientos del narcotráfico en distintos estados del país. El Sistema de Transporte Colectivo les servía de fachada para verse por unos minutos e intercambiar reportes por dinero. Caminaban lentamente, uno frente al otro y se perdían entre el gentío que se desplaza de un lado a otro de la ciudad de México.

“Cuando el personal de analistas de la Oficina de Inteligencia Antinarcóticos me hacía encargos para recabar información relacionada con domicilios, teléfonos, vehículos, identificar números celulares, entre otras cosas, yo clasificaba esta información y se la hacía llegar a Pedro Bárcenas, quien se la llevaba a sus superiores de la citada organización”, declaró Arroyo frente a los investigadores de la Procuraduría Militar.

La Empresa trabajaba intensamente. En agosto de 2002, Bárcenas preguntó a su contacto “si andaba trabajando personal en Sinaloa, ya que al parecer andaban cateando casas”. El sargento Arroyo pasó la información sin mayores problemas. “Hay una base de trabajo a cargo del capitán segundo de zapadores Mario Madrigal”, informó, como quien pone una pistola en la cabeza de otro militar, una sentencia de muerte.

En otra oportunidad, Bárcenas preguntó quién llevaba el caso del narcotraficante Arturo Hernández González, *el Chaki*.

—El teniente de arma blindada Jorge Peralta Eslava —respondió Marcelino Arroyo.

—¿Y quién es el jefe del cubículo para el área del cártel de Juárez? —reviró el sargento Bárcenas.

—El capitán Ornelas. ¿Por qué lo quieres saber? —preguntó con ingenuidad Marcelino Arroyo.

—Para sobornarlo —respondió Bárcenas con una mueca de sobrada satisfacción, de control.

De la declaración ante los investigadores castrenses se desprendió que el sargento Arroyo anotaba datos que escuchaba en la OIA, para luego entregarlos a Bárcenas.

Cierta vez, el capitán Ornelas pidió información urgente sobre el piloto del Estado Mayor que había alertado al narcotraficante Ismael *el Mayo* Zambada de que iban a

catear algunas de sus casas. “El capitán Ornelas siguió hablando sobre ese mismo asunto y yo procedí a anotar lo que había dicho”, confesó el sargento.

De acuerdo con la declaración de Arroyo, sus cómplices estaban interesadísimos en la información de la OIA sobre los movimientos de los jefes del cártel de Juárez, principalmente *el Chaki*, un joven a quien la extrema pobreza había impulsado a subir los escalafones del tráfico de estupefacientes.

El jefe de La Empresa, la cabeza visible, era Francisco Tornez Castro, alias *el Capitán Pancho* o *Víctor Manuel Llamas*. En su historial aparecía como ex militar, protagonista de la llamada “guerra sucia” —combate del Ejército contra los grupos guerrilleros en los años setenta— y ex policía judicial allegado al general Arturo Acosta Chaparro, a cuyas órdenes sirvió durante años en el estado de Guerrero. *El Capitán Pancho* abandonó el servicio público a principios de los noventa y se dedicó a trabajar como chofer, para con los años convertirse en un mafioso.

En 1991 Tornez Castro descubrió que *el Chaki*, un muchacho que había sido franelero, lavador de coches de los agentes judiciales de Guerrero “y que le hacía mandados al entonces teniente coronel Acosta Chaparro”, se había convertido en uno de los hombres de confianza del narcotraficante Amado Carrillo Fuentes.

Con esos datos en el bolsillo, decidió ponerse en contacto y a las órdenes de uno de los sicarios consentidos del *Señor de los Cielos*, *el Chaki*. Después de hacerse el encontradizo en “una fiesta de cumpleaños muy ostentosa en el Infonavit de Acapulco”, celebración de uno de los familiares del *Chaki*, *el Capitán* Tornez, “aprovechando las relaciones que tenía en el Ejército y otras corporaciones policiacas”, empezó a trabajar al servicio del traficante de drogas, el franelero y lavacoches convertido en ese momento en uno de los llamados lugartenientes de Carrillo Fuentes. Para ello utilizó como mano derecha al sargento Pedro Bárcenas, cuya actividad principal consistía en acarrear datos, sacar reportes de la PGR y de la Defensa Nacional, principalmente de los operativos antinarcóticos de la Agencia Federal de Investigación (AFI), la Policía Federal Preventiva (PFP) y las Fuerzas Armadas.

“Pedro me llevaba datos de los tipos de operativos, de los nombres de los agentes y corporaciones que iban a efectuar acciones contra la delincuencia”, confesó Tornez en su declaración ante los agentes del Ministerio Público Federal y de la AFI. El ex militar entregaba los reportes a la familia del *Chaki* o bien a un ex comandante de la PGR

llamado Germán Bello Salgado, “que se fue a trabajar como secretario particular de dicho narcotraficante”.

Eso no era todo. Desde diciembre de 2001, gracias a la ayuda de Julián Marín Ávila, un comandante de la policía de Guerrero, *el Capitán Pancho* había causado alta, había conseguido una plaza de aviador (cobraba sin trabajar) como oficial comandante de la Secretaría de Seguridad Pública guerrerense, con base en Chilpancingo. Con sus credenciales y una falsa placa de prensa, una charola de metal, en el parabrisas de su auto, se movía de manera muy confortable por ese estado del sur del país y en el DF, centro de operaciones de La Empresa.

Tornez informó a los federales de que también conocía al subsecretario de Seguridad Pública de Guerrero, Jaime Delgado, con quien tenía contacto para “cuestiones de licencias y trámites administrativos”. Entre sus servicios más destacados se cuenta haber informado sobre la investigación a Javier Torres Félix, *el JT*, lugarteniente del *Mayo* Zambada, “que en diciembre de 2001 había matado a 12 personas en Sinaloa”, y también haber alertado que el Ejército mexicano investigaba al piloto del Estado Mayor Salvador Bernal “porque le descubrieron una llamada con la esposa del *Mayo*, en el sentido de que les informaba que saliera de un domicilio que los federales iban a catear”.

Tornez habló también de los operativos contra los narcotraficantes colombianos Juan Diego Espinoza, *el Tigre*, y su hermano Mauricio, “a los que les iban a catear casas en Hermosillo, Sonora, y Guadalajara, Jalisco”. De hecho, las revisiones se hicieron en decenas de domicilios y negocios, pero los jefes del narcotráfico se habían fugado.

La cabeza visible de la organización criminal, a fin de cuentas un títere de los capos del cártel de Juárez, contaba con la colaboración de Salvador Ortega Barrera, funcionario de la Fiscalía Especializada para la Atención de Delitos contra la Salud (FEADS), que por su nivel de corrupción desapareció en 2003 para convertirse en la SIEDO; y de Rubén Escalante Camarillo, *el Lobo*, subdirector de la Unidad de Apoyo Táctico de las Fuerzas Especiales de Apoyo de la PFP. Unos eran conocidos como “los negros” y otros como “los grises”, por el color de los uniformes. Así tenía clasificadas a las corporaciones policiacas federales.

Un acta de intervención telefónica, levantada por la PGR el 17 de septiembre de 2002, evidenció el *modus operandi* de La Empresa. Los investigadores del caso grabaron distintas conversaciones entre Bárcenas (B) y *el Capitán* Tornez (T), que permitieron el desmantelamiento de la banda:

*B: Ira, este... salieron, salieron efectivos de Óscar [agentes federales].*

*T: Ajá.*

*B: A Monterrey. Pero no se descarta que se queden o que se vayan a Torreón.*

*T: Salen.*

*B: Sí, van, van a, este, igual, los operativos masivos.*

*T: Ah, sí.*

*B: Son 20 de él, 20 negros [AFI].*

*T: Ajá.*

*B: Y como 500 grises [PFP].*

*T: Ah, sí.*

*B: Ajá.*

*T: ¿Cuándo se van? ¿Hoy?*

*B: Ahora y van por aire.*

A los pocos días, Bárcenas volvió a llamar por teléfono a su jefe:

*B: Mira, este... mañana yo tengo reunión con los muchachos temprano.*

*T: Sí.*

*B: Porque hoy estuvieron de guardia.*

*T: Ajá.*

*B: Sí, entons mañana como a las nueve yo ya los estoy viendo.*

*T: Ah, perfecto.*

*B: Porque salió algo por allá, por Culichi [Sinaloa], ¿eh?*

*T: ¿Ah, sí?*

*B: Sí, salió algo por allá del amigo Torres [el JT].*

*T: ¿Ya lo están relacionando ora sí directamente?*

*B: Sí. Ahorita ya están ellos trabajando el caso.*

*T: Aaah.*

*B: Ya le salió y mañana me van a decir cómo está.*

*T: Ah, perfecto.*

*B: En base a eso, luego, luego yo me tiendo a hacer el informe. Dijeron que lo iban a trabajar junto con la AFI y los de la oficina.*

*T: Van dos.*

*B: Sí, van dos.*

El 5 de octubre de 2002 hubo un diálogo revelador entre ambos personajes:

*B: ¿Te acuerdas del nombre que te di el sábado? Que ya lo estaban esperando.*

*T: Ah, sí.*

*B: Ya, ya tienen vigilancia.*

*T: Ya para que se lo chupen.*

*B: Sí. Ése es algo importante. Orita me acaban de avisar que ya, ya tienen pedido cuatro para echárselo.*

*T: Ajá, pues nos conviene, ¿eh?, porque ya ves cómo nos traen arrastrando las nóminas. Nos conviene que se lo chupen para saber si es o no es. Bueno, ira, estate pendiente, dile al Compate que me informe cuando se lo lleven para que rápido nosotros mandemos un informe para allá.*

*B: Sí, había unos trabajos en Hermosillo, ¿te acuerdas?*

*T: Sí.*

*B: Pero hay un cabrón, son dos colombianos. Al rato te hablo para darte los nombres.*

*T: Este... ¿con quién, con qué empresa los relacionan?*

*B: Pues con el Mayo, con el Benino.*

Ese mismo día, a las ocho de la noche, continuaron con la conversación telefónica:

*B: ¿Me escuchas?*

*T: Sí, sí.*

*B: Bueno, mira, los están buscando. Son dos, son dos hermanos. Te voy a platicar de dónde procede el pedo.*

*T: Sí.*

*B: ¿Te acuerdas que hace dos meses agarraron un avión con dos millones de dólares?*

*T: Ajá.*

*B: Al parecer una era la vieja de este cabrón. Y estos güeyes están relacionados con una organización que trabaja en Hermosillo. ¿Te acuerdas que me habías dicho que había unos güeyes muy bravos que estaban ahí? Pues son estos güeyes. Pero resulta que acá, de este lado, el pedo lo hizo el Afis (Agencia Federal de Investigación). Ahorita*

*están relacionando a este cabrón con el Benino. Entonces están movilizando gente porque está pendiente de asegurarse. Son más de 200 casas.*

*T: ¡Hijo de la chingada! ¿Tanto?*

*B: Doscientas veintitantas. No están encausadas todas porque, tú sabes, el pinche MP no autoriza o el juez no autoriza los cateos. Entonces, poco a poco.*

*T: ¡Ah, la chingada, son muchísimas!*

*B: Entonces, mira, el nombre es Juan Diego Espinoza Ramírez [el Tigre] y su hermano Mauricio, de los mismos apellidos... Y tienen otros asuntos, pero esos todavía no los empiezan a trabajar. En Jalisco, el bueno, en Guadalajara.*

*T: Jalisco, ajá.*

*B: Pero estos cabrones estaban trabajando sin pedo alguno. Andaban muy recio, ¿eh? Al güey ese, al primero, Juan Diego, le dicen el Tigre.*

*T: ¿Pues entonces para cuándo empiezas?*

*B: Pues hay muchas cosas pendientes, como te digo, que tiene que avalar el juez. Entonces no es tan fácil.*

*T: Están esperando.*

*B: Sí, pero todos estos al parecer los relacionan con el Mayo Zambada.*

*T: Bueno, estate pendiente.*

El 19 de octubre de 2001, personal de la Secretaría de la Defensa Nacional incautó dos camionetas en el municipio de Cosalá, Sinaloa. Los elementos del Ejército mexicano encontraron armas de alto poder, droga, equipo de comunicaciones, documentos, teléfonos celulares y 90 mil dólares en el interior de los vehículos.

Las camionetas fueron abandonadas luego de una persecución en la playa. Hubo tres detenidos de poca monta que iban hasta el tope de cocaína. Los militares encontraron una pequeña agenda en los asientos de una camioneta Lobo, con la que comenzaron a tejer hasta llegar a uno de los principales sicarios del *Mayo Zambada*, el temible Javier Torres Félix, *el JT*.

Con esa pista, inteligencia militar ubicó al responsable de las comunicaciones de la organización criminal, el ingeniero Domingo Silva Monter, ex agente de la desaparecida Dirección Federal de Seguridad. Se trataba de un experto en montar sistemas de vigilancia e intervención telefónica.

La hebra comenzó a dar frutos cuando el ingeniero Silva Monter se comunicó de

manera imprudente con un tal Camilo Burciaga Ortiz, que a su vez estableció contacto telefónico con *el Capitán* Tornez. La intervención federal, las escuchas telefónicas montadas a los agentes de inteligencia militar hicieron el resto, y permitieron reconstruir su participación en la protección a narcotraficantes.

Exactamente un año después de la persecución en una playa sinaloense, agentes de la AFI marcaron el alto al *Capitán* Tornez en las puertas de su domicilio, al sur de la ciudad de México. Esa noche del 19 de octubre de 2002, el ex militar intentó una maniobra evasiva y empuñó la pistola que traía debajo del asiento de su vehículo.

Dos tiros de precisión en los neumáticos de su camioneta lo disuadieron de apretar el gatillo. En otras acciones policiacas cayeron, uno a uno, sus cómplices: los militares de inteligencia de la OIA y los funcionarios de la PGR y PFP, “los negros y los grises”.

Al cabo del tiempo, ni el general Clemente Vega ni el procurador general de la República, el general Macedo de la Concha, lo informaron con claridad. Y más tarde, otros le abrieron la puerta al narcotráfico, y la mafia se coló una vez más hasta la recámara misma de las instituciones encargadas de la guerra contra las drogas. Claro que si ahora alguien lo pregunta en el gobierno y en el Ejército, nadie sabe nada.



*Made in Badiraguato*

La tambora sinaloense retumbaba en el rancho La Ruana. El cantante se desgañitaba con “El Alazán y el Rosillo”. Los músicos llevaban horas en un pequeño escenario. La tuba resoplaba a todo lo que daba aquella tarde de enero de 1993. Los asistentes bebían tequila, coñac y cerveza Pacífico. Sin recato alguno inhalaban cocaína. Los invitados parecían frescos y no daban tregua a los agotados artistas.

—¡Qué milagro que te dejas ver! —soltó Joaquín Guzmán Loera, *el Chapo*, a un joven fornido de cabello corto y de nombre Jesús Castro Pantoja, conocido como *el Pantoja*.

El jefe del cártel de Sinaloa tenía prendida de la cintura a Griselda, una de sus mujeres, identificada como M2 en la agenda del narcotraficante más acaudalado del país, quien en marzo de 2009 aparecía en el club de millonarios de la revista *Forbes*, con una fortuna valuada en mil millones de dólares.

El joven sicario saludó con una inclinación de cabeza y estrechó la mano del *Chapo*, que para entonces tenía una larga relación de amistad y trabajo con Marcos Arturo Beltrán Leyva, conocido en el bajo mundo como *el Barbas*, Carlos Arturo, *la Muerte*, *el Botas Blancas*, *el Alfa* y, con el pasar del tiempo, *el Jefe de Jefes*, narcotraficante originario de Badiraguato, Sinaloa, que con los años construyó una de las organizaciones criminales más poderosas y violentas de México. Los nexos entre Guzmán Loera y los hermanos Beltrán Leyva se habían consolidado a finales de los años ochenta.

—Aquí de paso, patrón —respondió meloso el joven de casquete corto.

La fiesta en La Ruana, un rancho ubicado en el estado de Nayarit, estaba en su apogeo. Los capos del cártel de Sinaloa utilizaban aquel predio para celebrar lejos de los ojos de las autoridades antinarcóticos; más bien bajo la protección de la antigua Policía Judicial Federal y de agentes estatales y municipales. Era uno de los refugios de Guzmán Loera y Héctor *el Güero* Palma Salazar. Los Beltrán Leyva todavía no figuraban en la estructura del cártel ni se conocían públicamente sus rostros; sin embargo, la relación de los hermanos y *el Chapo* era antiquísima por ser originarios del mismo municipio: Badiraguato, Sinaloa.

—¡Vente a trabajar conmigo! —ordenó Guzmán Loera, que chocaba su caballito tequilero con el envase de cerveza color ámbar de quien sería su nuevo empleado.

Jesús Castro Pantoja, *el Pantoja*, desertor del Ejército con grado de subteniente de infantería, comenzó a hacerse cargo de la seguridad personal del *Chapo* y de sacar de la jugada a algunos enemigos de la organización, siempre con una Pietro Beretta 9 milímetros en la cintura, pistola consentida de militares y agentes federales. Había abandonado las Fuerzas Armadas en 1991 y cruzó la frontera sin papeles para irse a vivir por dos años a Estados Unidos con familiares de su mamá. Trabajaba de albañil cerca del barrio La Villita, en Chicago, Illinois. Ahora estaba de vuelta en México, metido con el grupo de Guzmán Loera, que disputaba a sangre y fuego el territorio nacional y que luchaba ferozmente por los corredores del trasiego de droga que dominaban los hermanos Arellano Félix, las cabezas del cártel de Tijuana.

Pero 1993 fue un año desastroso para el cártel de Sinaloa. El desertor del Ejército apenas trabajó seis meses con *el Chapo*, que perdió la protección de la Policía Federal. La balacera en el aeropuerto de Guadalajara, donde murió el cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo la tarde del 24 de mayo de ese año, desató una cacería nacional e internacional contra el jefe del cártel de Sinaloa. *El Pantoja* había recibido órdenes de no acudir a la terminal aérea de la capital de Jalisco aquella tarde de mayo.

“[Guzmán Loera] me había dicho que lo acompañarían otras personas. Al poco rato recibí una llamada telefónica del *Chapo*, quien me contó que había habido una balacera en el aeropuerto y que lo habían tratado de matar los hermanos Arellano Félix” (sus acérrimos enemigos del cártel de Tijuana), contó más tarde *el Pantoja*.

—¿Dónde te encuentras? —interrogó Guzmán Loera al *Pantoja*. *El Chapo* hablaba agitado, angustiado.

—¡En la oficina! ¡Tú ya sabes, patrón! —respondió el sicario desde una casa de seguridad en el área de Zapopan.

*El Chapo* llegó al lugar en un taxi. Traía la ropa desgarrada y hablaba atropelladamente.

—¡Me quisieron matar esos hijos de la chingada! ¡Pero estos pendejos mataron a un curita y se va a armar un pedo mundial! —gruñó el narcotraficante, que comenzó a huir por el país.

El hecho representó un paso muy importante para la expansión de los hermanos Beltrán Leyva en el mando de la organización criminal.

Los agentes de la Procuraduría General de la República detuvieron a Guzmán Loera el 9 de junio de 1993 entre el estado de Chiapas y Guatemala. Los federales iban tras una presa que se replegaba y perdía contactos y fuerza. El entonces subprocurador federal encargado de la lucha contra el narcotráfico, Javier Coello Trejo, se adjudicó la captura del jefe del cártel de Sinaloa. El Fiscal de Hierro anunciaba el arresto como todo un acontecimiento y un avance en las indagatorias del asesinato del arzobispo de Guadalajara.

Providencialmente, nadie tocó *al Pantoja*, que de nueva cuenta se refugió unos meses en Estados Unidos, una ruta de salida intermitente en su vida. Él mismo contó su historia ante los tribunales: el relato de un gatillero que sirvió a los jefes de una de las organizaciones criminales más poderosas de la década de los noventa y que estuvo muy cerca de sus detenciones. El testimonio apareció en la causa penal 124/2002/VB, iniciada el 21 de octubre de 2002. Y él, el sicario, el guardaespaldas, salió siempre bien librado: evadió a los captores de los poderosos líderes del cártel de Sinaloa.

Hacia finales de 1993, *el Pantoja* decidió volver a México, cuando su ex jefe, *el Chapo*, estaba en una prisión de alta seguridad, bajo el cargo de tráfico de drogas. El ex militar tenía un objetivo en su vida: volver a servir a sus patronos, los “barones” del narco. Muy pronto se hizo de contactos y viajó a Nayarit para tratar de localizar a Héctor *el Güero* Palma y a los hermanos Beltrán Leyva, que seguían escalando en la estructura del grupo criminal.

—Te vas para Sinaloa. Allá te van a dar instrucciones —ordenó el nuevo líder del grupo criminal, *el Güero* Palma.

El sicario tomó una nueva posición en el cártel de Sinaloa como guardaespaldas del *Güero*. Fue la sombra de Héctor por dos años, hasta que tuvieron un accidente aéreo en Colima. *El Pantoja* viajaba en el Learjet LR-35, matrícula XASWF, junto con *el Güero* Palma y Jesús Manuel Barraza, Manuel González, Roberto Antonio Navarro, Francisco Javier Benítez Monzón, Bogar Pérez Padilla, Artemio Álvarez Borges y Pablo Ruiz Puga: todos integrantes de la escolta personal del narcotraficante.

La aeronave salió de Ciudad Obregón, Sonora, rumbo a Guadalajara. El piloto no pudo aterrizar en la capital de Jalisco y tomó hacia Tepic, Nayarit. Pero el *jet* tuvo un percance y realizó maniobras en un cerro aledaño a la ciudad.

“Trozamos con unas piedras en el cerro y chocamos. Saqué *al Güero* para salvarlo. Recuerdo que íbamos como 11 personas más. Todos estábamos heridos y buscábamos

salir del lugar. Yo estaba herido de la espalda y la cabeza; *el Güero* igual. Pasó una camioneta y nos sacó de ahí”, narró el sicario-guardaespaldas, mientras que Palma Salazar contó en su declaración ministerial: “Fuimos rescatados por unos lugareños que nos llevaron a la ciudad. Un señor, de nombre Manuel Barraza, nos llevó a Guadalajara y nos ocultó en su casa [en Zapopan]”.

Elementos del Ejército detuvieron al “barón” de la droga la última semana de junio de 1995. Con el arresto del *Güero* Palma, uno de los hermanos Beltrán Leyva, Arturo, tomó una posición mucho más relevante en el cártel y asumió el control de algunas plazas del centro del país, principalmente en el estado de Querétaro.

“El señor Palma reconoció como suya la pistola calibre .38 Súper, de cachá con incrustaciones de diamantes y esmeraldas con figura de palmera, pero dijo que no sabía nada respecto de las personas que habitaban el domicilio, así como de los cartuchos, cocaína, mariguana, alhajas y dinero en efectivo que se encontraban en la casa”, expuso el entonces procurador general de la República, el panista Antonio Lozano Gracia.

Otra vez, *el Pantoja* no fue detenido. Salió de un hospital y pasó seis meses en rehabilitación por una lesión en la columna vertebral. Utilizó la misma ruta y destino para no dejar rastro: estuvo en Estados Unidos hasta noviembre de 2000. El gatillero volvió a México para casarse, el 21 de diciembre de ese año, con Verónica Ávila Fernández y, por supuesto, buscar un nuevo puesto en el cártel de Sinaloa. Después de vivir en Yuriria, Guanajuato, entró en contacto con Juan Mauro Palomares Melchor, *el Acuario*, que trabajaba para Arturo Guzmán Loera, *el Pollo*, hermano de Joaquín.

Con sus cartas credenciales de sicario y escolta del *Chapo* y *el Güero*, *el Pantoja* volvió a trabajar para el cártel. Primero lo incorporaron como mandadero y después como guardaespaldas *del Pollo*. De nueva cuenta estaba cerca de los capos del cártel. Pronto se percató de la nueva estructura. El hermano del *Chapo* despachaba todos los días con Arturo Beltrán Leyva, *el Barbas*, para ver las rutas y la marcha del “negocio”.

La suerte del *Pantoja* retornó con la fuga de Joaquín, que evadió de manera espectacular la prisión de alta seguridad de Puente Grande, Jalisco, el 19 de enero de 2001. Entonces, el sicario se dedicó a conseguir casas de seguridad para *el Pollo* y *el Chapo* en distintas entidades del país. Por supuesto, se encargó además de acercarle mujeres a Joaquín, que las tenía clasificadas con letras y números, con códigos que sólo conocían el capo y su esbirro.

“Me percaté de esto allá por La Marquesa, ya que el *Chapo* me mandó de avanzada en

una camioneta Chevrolet para ver cómo estaban las cosas en el camino, saliendo cuatro horas antes que ellos. Extremamos las medidas de seguridad, pero aun así fueron cayendo los demás miembros, siguiendo *el Tío*, después René y luego *el Pollo*. A él lo detuvieron cuando salió a ver a un abogado y ya nunca regresó. Conforme agarraban a uno, nos cambiábamos de domicilio”, declaró *el Pantoja* en las diligencias judiciales.

El último día de 2004, el 31 de diciembre, *el Pollo* fue acribillado en el área de locutorios del penal de alta seguridad de La Palma. Recibió ocho balazos a corta distancia cuando conversaba con su abogado, José Pilar Gastélum. Un interno de nombre José Ramírez Villanueva ingresó de forma intempestiva a esta zona, que debería estar vigilada por los custodios, y descargó una 9 milímetros sobre el cuerpo del hermano del *Chapo*, homicidio que las autoridades calificaron de ajuste de cuentas entre las mafias mexicanas, una ejecución organizada por el cártel del Golfo.

Laura Álvarez Beltrán, esposa del *Pollo*, había alertado a las autoridades federales de un posible ataque a su marido. En una carta fechada el 24 de septiembre de 2004, solicitó a la Presidencia de la República que el gobierno federal tomara en serio la posibilidad de trasladar a Arturo Guzmán Loera a otro módulo del penal, para salvaguardar su integridad física. Las autoridades dieron la clasificación de “urgente” al caso, pero al final éste se perdió entre la maraña burocrática y la corrupción del sistema penal. En julio de 2008 la PGR dio a conocer que José Ramírez Villanueva había sido sentenciado a 42 años de prisión por el asesinato del hermano de Joaquín *el Chapo* Guzmán.

*El Pantoja* reveló a los federales los nombres de los encargados de la seguridad de Guzmán Loera, algunos de ellos ex integrantes de las Fuerzas Armadas, y puso al descubierto las casas de seguridad en los estados de México, Morelos, Puebla, Jalisco, Sinaloa y el Distrito Federal. En su confesión, soltó hasta los datos de las amantes de su patrón, todas ellas identificadas con claves: “Griselda tenía la clave de M2 con el número telefónico 5447-1111; Estela poseía la identificación Z3 con el número de pin 312-0331; Alejandrina mantenía la clave Z1 con un Nextel, y el doctor Ramos mantenía la identificación X1”.

El escolta que fue testigo de la aprehensión de los jefes del cártel de Sinaloa y que conocía los pormenores de la fuga del *Chapo*, fue detenido en un operativo realizado en Guadalajara, Jalisco, en noviembre de 2001. Su patrón, Joaquín Guzmán Loera, sigue libre y los Beltrán Leyva comenzaron su propia carrera, distanciados del *Chapo*. En los

hechos se convirtieron en enemigos y comenzaron una sangrienta guerra por el control de los territorios del trasiego de drogas.

Arturo Beltrán Leyva dejó el anonimato en 1997. Agentes federales catearon 10 casas de seguridad en la ciudad de Querétaro. Los Beltrán Leyva habían entrado a las grandes ligas del narcotráfico mexicano. Una de las residencias era utilizada para grandes fiestas, con la asistencia de otros jefes del cártel de Sinaloa, Ismael *el Mayo* Zambada y Juan José Esparragoza, *el Azul*, y un invitado muy especial: Amado Carrillo Fuentes, cabeza del cártel de Juárez.

Las investigaciones y el hallazgo de fotografías mostraban que los Beltrán Leyva se habían convertido en operadores de primera línea del crimen organizado, con fuertes nexos con el cártel de Juárez. De esos cateos, entre otras cosas, quedaron los rastros de innumerables fotografías de los participantes en la fiesta y el nombre de Arturo Beltrán Leyva se inscribió entre los capos importantes del narcotráfico, con investigaciones en nuestro país y en Estados Unidos.

Informes de la PGR ubicaron entonces a los hermanos sinaloenses como líderes en la operación de transporte de narcóticos, lavado de dinero y reclutamiento de sicarios para protección de los jefes del cártel de Sinaloa. Su campo de acción se extendió más adelante al Distrito Federal, el Estado de México, Sonora, Sinaloa, Guerrero, Chiapas, Querétaro, Jalisco, Nuevo León, Tamaulipas y Quintana Roo.

Los hermanos Marcos Arturo Beltrán Leyva, *el Barbas*; Héctor, *el H*; Alfredo, *el Mochomo*; Mario Alberto, *el General*, y Carlos, *el Charlie*, fueron identificados en 2005 como las figuras principales de una facción del cártel de Sinaloa. Sus expedientes corrieron rápidamente entre las agencias federales de México y Estados Unidos. Investigadores de la PGR obtuvieron una fotografía de Arturo, quizá la única que tuvieron en sus manos las agencias policiacas mexicanas y estadounidenses.

Originarios de Temeapa, municipio de Badiraguato, los hermanos son herederos de la actividad ilícita: provienen de una familia que desde los años sesenta se dedicó a la siembra y el tráfico de opio, según datos oficiales. En Arturo descansaba la infraestructura del grupo criminal, que en sus inicios estuvo muy ligado al *Chapo*.

Un testigo protegido de nombre “Julio” declaró a la PGR que *el Barbas* tenía una relación familiar con Guzmán Loera: “Arturo Beltrán Leyva es primo lejano del *Chapo*, a quien inició en el negocio de la cocaína, ya que me lo dijo Beltrán una vez que fui a pedir dinero por parte del *Chapo* a la ciudad de Querétaro, esto fue por 1995 o 1996. Sé

que esta persona es muy ostentosa y que tiene una casa en Acapulco, porque *el Chapo* me mandó una vez a visitarlo, citándome en su casa que tiene en el fraccionamiento Las Brisas de Acapulco”, contó en junio de 2001. Este hombre dijo ser mensajero de Guzmán Loera, cuando el narcotraficante estuvo detenido en el penal de Puente Grande, Jalisco.

Con Marcos Arturo al mando, el cártel tejió nexos con narcotraficantes estadounidenses, cubanos y colombianos.

En agosto de 2003 la PGR determinó que un grupo de colombianos, encabezados por Mauricio Harold Poveda, *el Conejo*, era el responsable de operar el abastecimiento de cocaína hacia territorio mexicano. La alianza con los colombianos buscaba recuperar la plaza de Nuevo Laredo, en manos del cártel del Golfo. La guerra entre las bandas comenzaba a dejar miles de muertos en el territorio nacional.

Las investigaciones federales descubrieron además una importantísima designación en la estructura del cártel: Édgar Valdez Villarreal, *la Barbie*, al frente de una importante célula que operaba en Nuevo León y el Distrito Federal. De origen estadounidense pero afincado en Nuevo Laredo, Tamaulipas, Édgar Valdez Villarreal, conocido como *la Barbie*, se inició en el mundo de la delincuencia como bandolero y golpeador, a finales de los ochenta. Su corpulencia física y su violencia pronto lo convirtieron en un personaje temible dentro y fuera del estado, de donde tiempo después emergió para convertirse en uno de los sicarios más poderosos del narcotráfico.

Poco después de cumplir 18 años, fue encarcelado en Estados Unidos, acusado de daños, pero recobró la libertad. Famoso como conquistador de mujeres, *la Barbie* es ampliamente conocido en Monterrey, donde a menudo se le veía en bares rodeado de chicas universitarias.

“Según la averiguación previa PGR/SIEDO/UEIDCS/106/2005 y datos obtenidos de investigaciones realizadas por el Ministerio Público Federal sobre el cártel de Sinaloa, Valdez Villarreal empezó a movilizarse entre Nuevo Laredo y Monterrey, territorios que, a la postre, mantuvo bajo sus dominios. Entre 1998 y el año 2000, *la Barbie* conoció a un personaje que vio en él al sicario ideal por su grado de violencia: Arturo Beltrán Leyva, *el Barbas*”, describió en un texto Ricardo Ravelo, periodista del semanario *Proceso*.

Pronto *la Barbie* se convirtió en una pieza invaluable para los Beltrán Leyva,



principalmente para la cruenta guerra del cártel de Sinaloa contra los sicarios del cártel del Golfo: los Zetas, grupo integrado por ex militares de élite.

Con su nueva estructura y acompañados de Édgar Valdez, *la Barbie*, y Sergio Enrique Villarreal Barragán, *el Grande*, un importante narcotraficante de Durango que tuvo nexos con el cártel de Juárez y que ahora es uno de los mafiosos más importantes para el gobierno estadounidense, los hermanos Beltrán Leyva se convirtieron en los más buscados en México y Estados Unidos. *El Barbas* se había estado moviendo entre el DF, Morelos y Guerrero, según datos públicos e informes oficiales. La PGR apenas contaba con una fotografía, que muestra al narco con una amplia sonrisa.

La ficha de la PGR sobre Arturo Beltrán Leyva era escueta: “Marcos Arturo Beltrán Leyva. Apelativos: (a) ‘El Barbas’, ‘Carlos Arturo’ o ‘El Alfa’. Fecha de Nacimiento: ¿? Edad: ¿? Lugar de Origen: ¿? Señas Particulares: ¿? Delitos: Violación a la Ley Federal contra la Delincuencia Organizada, Contra la Salud, Privación ilegal de la libertad y Posesión de cartuchos de uso exclusivo del Ejército, Armada y Fuerza Aérea. Los hermanos Beltrán Leyva dirigen operaciones de transporte de droga, lavado de dinero, compra de protección y reclutamiento de sicarios. Organización Delictiva: A. P. PGR/SIEDO/UEIDCS/021/2005 y las causas penales 82/2001 y 125/2001. Vínculos: Joaquín Guzmán Loera ‘El Chapo’. Zonas de Operación: ¿? Datos Generales: ¿? Antecedentes Penales: ¿? Observaciones: Proceso 78 Proceso 7. Con aprehensión vigente con fines de Extradición. Proceso 88/2005 O. Aprehensión Local vigente 27/08/2035. AP 41/2004/1. El Cártel de Sinaloa, dirigido por Joaquín Guzmán Loera El Chapo, en Acapulco es liderado por Arturo Beltrán Leyva, El Barbas, señalado por la dirección del grupo de sicarios conocido como Los Pelones, que se dice están involucrados en varias de las ejecuciones que se han dado en los últimos meses en Acapulco. Buscado por: PGR”.

Junto con seis de sus escoltas, Arturo Beltrán Leyva murió en un tiroteo la noche del 16 de diciembre de 2009 en la ciudad de Cuernavaca. La Secretaría de Marina había montado una operación de inteligencia, con la colaboración de la DEA, agencia estadounidense que había proporcionado datos de los movimientos del jefe del grupo criminal, quien estuvo a punto de caer días antes en una ostentosa posada navideña que era amenizada por el Rey del Acordeón, Ramón Ayala. El mafioso se había refugiado en una casa de seguridad en el conjunto residencial Altitudes Punta Vista Hermosa de la capital de Morelos. Los marinos colocaron un cerco.

Durante la refriega hubo cientos de tiros de grueso calibre y ataques con granadas. El

parte militar daba muestras del poder de fuego de los escoltas de Beltrán Leyva: un marino murió y dos más resultaron heridos. El tercer maestro de las Fuerzas Especiales, Melquisedec Angulo Córdova, falleció mientras recibía atención médica. El nombre del militar salió a la luz pública, lo que a la postre resultó una sentencia de muerte para su familia.

La madrugada del 22 de diciembre un comando irrumpió en un domicilio del estado de Tabasco para asesinar a la madre, dos hermanos y una tía del marino. Los sicarios “rompieron la puerta con un martillo y los acribillaron en las habitaciones” de la vivienda familiar, ubicada en la comunidad de Quintín Aráuz, municipio de Paraíso, a unos 40 kilómetros de Villahermosa, narró a la prensa el subcomandante de la policía local, Saturnino Domínguez.

Un par de semanas después de la muerte de Arturo, *el Jefe de Jefes*, agentes federales arrestaron a Carlos Beltrán Leyva, quien se identificó como Carlos Gámez Orpineda con una licencia de conductor. El cruce de datos con el Centro de Inteligencia de la PF permitió una clara identificación. El gobierno federal dio a conocer que desde 2008 había una orden de localización y presentación contra el mafioso, parte del poderoso clan. La estructura del cártel de los Beltrán Leyva se tambaleó.

Con la muerte de Arturo y el arresto de Carlos Beltrán Leyva vino una recomposición en el organigrama del cártel. Actualmente, *el Grande* mantiene una alianza con Héctor Beltrán Leyva, *el H*, en una feroz batalla contra *la Barbie*, por el control de la organización criminal.

Los últimos capítulos de los narcotraficantes de Badiraguato no fueron presenciados por *el Pantoja*, quien en noviembre de 2007 fue sentenciado a 15 años de cárcel por un juez federal del Estado de México. El sicario, el hombre de confianza del *Chapo*, clamaba ante los agentes federales: “Solicito que se me ayude en todo lo que sea posible por parte de esta autoridad”.

Hoy, el clan *Made in Badiraguato* es otro, tiene un rostro distinto.

¡Rescaten al Mochomo!

El Nextel del *19* repiqueteó aquella madrugada de enero de 2008. José Antonio Cueto López marcaba insistentemente al enlace de *la Barbie* para darle una noticia que movería las estructuras del cártel de los Beltrán Leyva. Faltaban unas horas para que amaneciera y lo acompañaba Fernando Rivera Hernández. El Ejército mexicano había tendido un cerco en la colonia Burócrata, en la ciudad de Culiacán. A las tres de la madrugada del 21 de enero, elementos de élite de las Fuerzas Armadas cerraron la pinza en torno a una casa de la avenida Juan de la Barrera, entre las calles de Burócratas y Abogados.

—¡Están a punto de detener *al Mochomo*! Y no hay nada que se pueda hacer. Nosotros no trabajamos directamente en este asunto, pero nos acabamos de enterar. Es un asunto del GAFE [Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales], del alto mando del Ejército —soltó sin preámbulo Cueto López.

—¿Será posible ofrecer cinco millones de dólares para frustrar la operación? —preguntó *el 19* somnoliento y con un toque de ingenuidad.

—¡Ya no se puede hacer nada! —gruñó Rivera Hernández, que arrebató la bocina a Cueto López.

Los dos sabían el gran embrollo que representaba la operación militar, las consecuencias entre los hermanos Beltrán Leyva y la confrontación con la organización enemiga del *Chapo* Guzmán. *El Mochomo* era una pieza grande, el contador y operador de los Beltrán Leyva.

*El 19* terminó la llamada y marcó el número de *la Barbie*, que se encargó de avisar inmediatamente a Arturo. El jefe del cártel estalló ante el inminente arresto de su hermano mayor, Alfredo Beltrán Leyva, *el Mochomo*, uno de los principales operadores de la organización criminal, nacido el 15 de febrero de 1951, y que estaba a cargo del traslado de cargamentos de cocaína en la ruta Guerrero-Nuevo León, para luego cruzar la frontera de Estados Unidos. “Se caracteriza por ser una persona violenta y por contar con un férreo control de los grupos menores de narcotraficantes en la ciudad de Culiacán”, decía un informe oficial.

Alfredo Beltrán Leyva, acusado también de lavado de dinero, compra de funcionarios públicos en Sonora, Chihuahua, Durango, Jalisco y Nayarit, y de estar al frente de grupos de sicarios conocidos como *los Pelones*, era buscado por autoridades de México y Estados Unidos. Al momento de su captura afrontaba una orden de detención provisional con fines de extradición a territorio estadounidense, girada por el juzgado octavo de distrito de procedimientos penales del Reclusorio Sur.

El operativo fue limpio. No hubo disparos ni resistencia por parte del *Mochomo* y sus acompañantes. El general Luis Arturo Oliver, subjefe operativo de Estado Mayor de la Secretaría de la Defensa Nacional, y Noé Ramírez Mandujano, titular de la SIEDO, presumieron la detención como el golpe más importante del gobierno del presidente Felipe Calderón contra la estructura del cártel de los Beltrán Leyva.

Acompañado de quienes integraban su escolta personal (Javier Hugo Urquiza Inzunza, Flavio Manuel Castro León y José Uistesingo Barraza), el mayor de los hermanos Beltrán Leyva fue trasladado en un avión de la Fuerza Aérea Mexicana a la ciudad de México. Los cuatro llegaron a las instalaciones de la SIEDO en Paseo de la Reforma, en la zona centro del DF.

El entonces embajador de Estados Unidos en México, Antonio O. Garza, celebró también la captura de Alfredo y alabó la tarea de las autoridades mexicanas: “Tuvieron una significativa victoria al detener a Alfredo Beltrán Leyva”, uno de los principales líderes del cártel. “Cuando México saca a peligrosos criminales como Beltrán Leyva y sus secuaces de las calles, el pueblo de Estados Unidos también se beneficia”, dijo orgulloso meses antes de que los jefes de ese grupo criminal se infiltraran en la poderosa embajada de EUA en el DF.

Bajo el apodo de testigo protegido “Jennifer”, un nombre de mujer para un mafioso, *el 19* aceptó acogerse al programa del gobierno para hacer la narración de un plan de los Beltrán Leyva y los agentes federales corruptos para rescatar al *Mochomo* de las instalaciones de la SIEDO. Durante el interrogatorio, el sicario regaló a la PGR una revelación que pudo haber impactado a la jerarquía del cártel de los Beltrán Leyva: *la Barbie* no movió un dedo para intentar tomar las instalaciones federales y liberar a su jefe Alfredo; dejó pasar horas que fueron cruciales para que elementos del Ejército custodiaran los alrededores del edificio donde se encontraba detenido Alfredo Beltrán Leyva.

*El 19* comenzaba la narración de un espectacular operativo para rescatar al *Mochomo*:

“Ese mismo día [del arresto], como a las 10 de la mañana, Fernando Rivera me proporcionó detalles de la información oficial de la Secretaría de la Defensa Nacional respecto a cómo el alto mando, teniendo acceso a la ubicación exacta de Alfredo Beltrán Leyva, alias *el Mochomo*, por medio de un militar infiltrado [conocido como *el Chamaco*] dentro del grupo del *Mochomo*, éste logró llamar al GAFE para informar la ubicación precisa y las condiciones de baja seguridad de Alfredo.

“A las dos de la tarde del mismo día, Fernando Rivera me proporcionó copias completas de todo lo que estaba declarando Alfredo Beltrán Leyva en la SIEDO. Por esas declaraciones tuve conocimiento, por primera vez, que una hermana de los hermanos Beltrán Leyva tiene una relación sentimental con Juan José Esparragoza, *el Azul* [otro de los jefes del cártel de Sinaloa], relación de la cual han procreado hijos. Fernando Rivera proporcionó toda la información de lo que se había asegurado al *Mochomo*, incluyendo varios radios, teléfonos Iusacell, Unefón, que son grises y grandes, no muy comunes, con los cuales se comunicaba con sus hermanos.”

El 21 de enero de 2008 fue un largo día para los federales corruptos y los operadores del cártel. Ese mismo día, *el Grande* convocó a los agentes de la SIEDO, Roberto García y Milton Cilia, para darles un mensaje: “Mi jefe [Arturo Beltrán Leyva] está muy encabronado con ustedes y con el ingeniero [Miguel] Colorado [González, coordinador técnico de la SIEDO] y su gente. Nadie le avisó que iban a detener a su hermano”.

A finales de octubre de 2008 la PGR informó haber encontrado pruebas de la supuesta complicidad de Colorado González, alias *el Viejito del Cielo*, en la red de funcionarios públicos que protegían a los jefes del cártel de los Beltrán Leyva. Desde años atrás vendía información privilegiada al grupo criminal, decía el expediente.

El ahora ex funcionario público está casado con Diana Alicia Luque Luna, hermana del general Carlos Fernando Luque, que ocupó la jefatura de Inteligencia Militar en la Secretaría de la Defensa Nacional y la dirección del Centro de Planeación para el Control de Drogas de la PGR, en el sexenio foxista. El gobierno de Washington solicitó la detención provisional con fines de extradición de Colorado González. Actualmente se encuentra preso en el penal de máxima seguridad de Puente Grande, Jalisco.

Los hermanos Beltrán Leyva no pensaban dejar solo a Alfredo, al menos eso contó el testigo “Jennifer”, a los encargados de la Operación Limpieza. Estaban dispuestos a asaltar con un comando las instalaciones de la

SIEDO.

“A las seis de la tarde del 21 de enero de 2008, Fernando Rivera me entregó un croquis a mano de las instalaciones de la SIEDO y de la ubicación específica donde estaba recluido Alfredo Beltrán Leyva. Me informa que de las 11 de la noche en adelante ya no iban a estar presentes las fuerzas especiales del Ejército y que sólo quedarían 11 elementos de la AFI custodiando el inmueble y que con la entrega de un millón de pesos a cada uno de ellos y tres millones de dólares a Fernando Rivera, todo saldría a la perfección.

“La gente de Rivera se encargaría de neutralizar al conjunto de guardia y permitir que con una camioneta blindada se rompiera la reja de acceso vehicular por la parte de atrás de la SIEDO. Todo lo anterior sin que hubiera vigilancia excesiva y bajas. Me indicó además la ubicación física exacta de cada uno de los elementos de la AFI.”

Los agentes corruptos estaban listos para el espectacular operativo, pero *la Barbie* no dio aviso a Arturo Beltrán Leyva. El dinero nunca llegó y las posibilidades se esfumaron. Nunca se supo la razón por la cual *la Barbie* no se movió con más diligencia para lograr el rescate del hermano mayor de los Beltrán Leyva, ahora preso en el penal de Puente Grande, pero el hecho desató una guerra con el cártel del *Chapo*, quien fue señalado como el autor intelectual del arresto del *Mochomo*.

Otra vez de madrugada, a las dos de la mañana del 22 de enero, Rivera Hernández llamó al celular del 19: “Ya no será posible continuar con el rescate. En estos momentos está llegando nuevamente el GAFE del alto mando, para trasladar a Alfredo de las instalaciones de la SIEDO al penal de Puente Grande”.

“Saúl”, otro agente de la SIEDO corrupto que se acogió al programa de testigos protegidos, relató el 4 de agosto de 2008 el impacto que tuvo el arresto del *Mochomo* en la organización criminal de los Beltrán Leyva: “El día que detuvieron al *Mochomo*, le avisaron por la noche a Roberto García García [agente de la SIEDO] que acompañara a Cueto López porque se iba a reunir con una persona. Se fueron en la camioneta del licenciado Cueto López, junto con su chofer Gerardo”.

García García, ex militar con grado de teniente, trabajaba en el grupo de Fernando Rivera Hernández. Dejó las Fuerzas Armadas para incorporarse a la SIEDO a la llegada de Noé Ramírez Mandujano. El agente nació el 7 de noviembre de 1973, mide 1.68 metros, tiene ojos oscuros y pequeños, cabello corto y lacio y presenta una seña particular:

tornillos en la parte lumbar de la columna vertebral y un rozón de bala en la cabeza. Las indagatorias federales decían que entregó al 19 una lista con los supuestos nombres de los militares que arrestaron a Alfredo Beltrán Leyva.

“El chofer de Cueto López enfiló rumbo a Perisur y se estacionó en una esquina. Una persona los esperaba en una Cherokee blanca de reciente modelo, blindada. En el trayecto hacia la camioneta, Roberto García me dice que íbamos a ver a gente de los hermanos Beltrán Leyva, un sujeto de apodo *el Grande*. Una vez que llegamos a la camioneta, Roberto se subió en el asiento del copiloto y yo en la parte trasera, donde había una miniametralladora con seis cargadores y una escuadra corta. *El Grande* estaba en el asiento del chofer, un hombre de un metro 95 de estatura, tez blanca, peinado de lado, vestido de manera muy elegante”, contó “Saúl”.

—Los patrones están muy encabronados. Quieren saber a quién van a matar, si a los servidores de la SIEDO, de los que posteriormente daré sus nombres, o al capitán Rivera o a su gente. ¿Por qué fallaron? ¿Por qué no avisaron [que iban a detener al *Mochomo*]? —amenazó *el Grande*.

Rivera Hernández argumentó que los agentes de la SIEDO no habían participado en el operativo, que todo había sido obra de las Fuerzas Armadas y que ofrecería pruebas irrefutables de sus dichos.

—Quiero la lista de los militares que participaron en el operativo —ordenó *el Grande*.

—Voy a buscar la manera —respondió sumiso Rivera Hernández.

“En ese momento se le explicó, tanto por Roberto como por mí, que el operativo lo habían hecho los *gafes* del alto mando de la Secretaría de la Defensa y que su gente y su grupo no habían participado, sino hasta el momento en que les entregaron al detenido en el aeropuerto”, siguió “Saúl” con su relato.

—Mis patrones están ofreciendo 10 millones de dólares por rescatar al *Mochomo* y hay un grupo de mi gente, entre 110 y 150 con vehículos y armas de alto poder, que quieren reventar las instalaciones de la SIEDO. Pero ése no es el mejor camino. Considero que el jale lo tiene que hacer el ministerio público a cargo, junto con los *afis* que están de guardia en los separos —dijo el enviado del jefe del cártel de Sinaloa.

Se le comentó que era muy difícil cualquiera de las dos operaciones porque las instalaciones de la SIEDO estaban muy resguardadas por personal del Ejército mexicano, la Policía Federal y la AFI, cuenta “Saúl” que se le explicó al sicario.

—¡Algo tienen que hacer, cabrones, para sacar al hermano de los señores! ¡De qué



sirve tanto dinero, de qué sirve la nómina SIEDO! —estalló *el Grande*.

Emboscada contra Santiago  
Vasconcelos

Tres camionetas de lujo último modelo con placas del DF. y otra 4×4 con matrícula de Estados Unidos, llegaron a la esquina de las calles Rubí y Esmeralda en la colonia Tepepan, al sur profundo de la ciudad de México. Varios sujetos de traje sastre descendieron de los vehículos. Algunos vecinos miraron con resquemor a los extraños desde el puesto de hamburguesas Bunny.

El 17 de diciembre de 2007, semanas antes del arresto de Alfredo Beltrán Leyva, *el Mochomo*, sicarios de los hermanos Beltrán Leyva llegaron cerca de las 18 horas a ese punto de la urbe para afinar los últimos detalles de una emboscada contra el ex subprocurador de la SIEDO, José Luis Santiago Vasconcelos. Cuatro motocicletas con antenas y equipo de comunicación se incorporaron a las 19 horas al punto de encuentro. Los matones intercambiaron opiniones sobre el sitio, distancias y posiciones más seguras para accionar sus armas.

Con gran paciencia tomaron tiempos y notas, y realizaron muchas llamadas por celular. Como referencia, ubicaron la calle Rubí. Luego todos abandonaron el sitio. Los sicarios del cártel de la droga tenían en marcha un plan para asesinar al licenciado Santiago Vasconcelos, que en ese momento tenía a su cargo la Subprocuraduría de Asuntos Internacionales de la PGR. LOS asesinos a sueldo programaron la fecha del atentado para el 22 de diciembre, en el periodo de vacaciones de fin de año de los servidores públicos del gobierno federal, pero la conspiración se vino abajo en unas cuantas horas.

La madrugada del 18 de diciembre, una docena de patrullas de Seguridad Pública del DF llegó a la esquina de Rubí y Esmeralda. Los agentes acordonaron la zona, hasta la calle Las Torres. Durante el operativo detuvieron a cinco asesinos a sueldo, tres de ellos policías locales en activo, a bordo de un auto compacto Bora con placas 976-YGN. La célula había montado una guardia en la zona para recabar más datos del trayecto de Santiago Vasconcelos, uno de los azotes del crimen organizado, por aquella área de la ciudad, que era parte del camino que tomaba el subprocurador para ir a su domicilio.

Los oficiales quedaron sorprendidos con el hallazgo: en la camioneta con matrícula de Estados Unidos encontraron rifles de asalto y chalecos antibalas con las siglas FEDA, que con el paso del tiempo se supo eran las siglas de las Fuerzas Especiales de Arturo Beltrán Leyva, el jefe del cártel, que había organizado una especie de guardia pretoriana a su servicio para sacar de este mundo a enemigos del grupo criminal y cuidarle las espaldas.

Los policías encontraron todo un arsenal, que serviría para neutralizar a la escolta militar de Santiago Vasconcelos. Él no confiaba en una guardia de agentes federales y prefería a soldados de élite para custodiarlo. En la parte trasera de la 4×4 hallaron un rifle R-15, un fusil FAL 7.62 milímetros, un subfusil Heckler MP-5, un lanzagranadas 40 milímetros, granadas antiaéreas y de fragmentación, y 40 cargadores para los fusiles.

Todo parecía indicar que la trampa mortal había sido neutralizada. La información del atentado contra el funcionario público quedó en la más absoluta reserva. Ninguna oficina de seguridad pública, de inteligencia del gobierno federal ni de la autoridad capitalina soltó, escupió, filtró información, ni entregó un dato del terrible hallazgo, una pista que nació del temor, de una denuncia de algunos vecinos que atestiguaron los movimientos de los vehículos y personajes extraños que se movieron cerca de sus casas.

Los operadores del cártel de la droga en el DF, *el Grande y la Barbie*, habían diseñado un plan B, que muy pronto se puso al descubierto. La misma noche del 17 de diciembre, la policía detectó a tres hombres apostados en el Circuito Fuentes del Pedregal, en la colonia Fuentes del Pedregal, al sur de la ciudad de México. Con los planos de la casa de Santiago Vasconcelos, los asesinos se ubicaron a unas calles de la residencia del funcionario, en la ruta de llegada de quien había ocupado el puesto de zar antidrogas en el país, un funcionario con la fama de haber atacado frontalmente a los grupos criminales en México.

Una circunstancia llamó la atención de los vecinos de esa zona residencial: la presencia de una vieja Guayín blanca, modelo 1971, con tres hombres a bordo, que posteriormente se supo tenían en su poder tres lanzagranadas HE66 antitanque y dos rifles de asalto AK-47 con cuatro cargadores. Los habitantes de la colonia desconfiaron de la vieja *troca* estacionada en sus lujosos circuitos. Los sicarios utilizarían el armamento pesado para tratar de volar la camioneta blindada del subprocurador de la PGR y hacer pedazos el vehículo de la escolta.

Una llamada a la policía local y la presencia de la vieja camioneta sospechosa en una

zona residencial frustraron la operación de los sicarios. Sin utilizar sus armas de cargo, policías del DF arrestaron en la descontinuada Guayín a José Luis Ochoa Buzo, Francisco Javier de la Cruz Mejía y José Guadalupe Laguna, ex integrante de las Fuerzas Armadas. Los sorprendieron por la espalda y los matones no pudieron desenfundar sus armas pesadas. Los detenidos confesaron que el plan era esperar el paso del convoy del licenciado Santiago Vasconcelos para abrir fuego. Uno de sus cómplices daría la orden por radio. La fecha de la emboscada era el 22 de diciembre. Las dos células de los matones fueron desactivadas en cuestión de horas.

El jueves 24 de enero, el secretario de Seguridad Pública Federal, Genaro García Luna, reveló a la prensa que el cártel de los Beltrán Leyva había fraguado un plan para asesinar a un alto funcionario del gobierno del presidente Felipe Calderón. No dio más detalles ni el nombre del personaje. El propio Santiago Vasconcelos había negado que él fuera el blanco de la emboscada, cuando una periodista llamó a su oficina para preguntar si estaba enterado de una conspiración del narco para asesinarlo.

Al mediodía de ese jueves, una nota informativa en el portal *online* del periódico *El Universal* movilizó las oficinas encargadas de la seguridad nacional: el operativo de los sicarios era para asesinar al subprocurador Santiago Vasconcelos, quien esa misma tarde dio una entrevista a la periodista Denise Maerker, en el programa *Atando cabos* de Radio Fórmula, para confirmar que él había sido el blanco del atentado: “A mí me avisaron inmediatamente. Fui avisado por el subprocurador de crimen organizado, el maestro Noé Ramírez Mandujano. Ya habían tenido algún intento el día 22 [de diciembre], pero yo salí de vacaciones el día 22, precisamente. Entonces, no fui visible”, dijo, y luego soltó con ironía: “Creo que no soy el más popular entre ellos y cualquiera de éstos puede ser, pero la línea más fuerte es la organización [el cártel de los Beltrán Leyva]”.

Meses más tarde, la noche del 4 de noviembre de 2008, el funcionario murió cuando inexplicablemente se desplomó sobre la ciudad de México el avión Lear Jet 45 de la Secretaría de Gobernación, en el que viajaba con el entonces secretario de Gobernación, Juan Camilo Mouriño.

El hallazgo del operativo para asesinar a Santiago Vasconcelos y el posterior arresto del *Mochomo*, el hermano mayor de los Beltrán Leyva, produjeron distintas movilizaciones de las policías federales, que montaron estrategias de inteligencia y vigilancia sobre supuestas residencias o casas de seguridad de Arturo Beltrán Leyva en la capital de la República mexicana.

Desde su encierro, Alfredo Beltrán Leyva, detenido el 21 de enero de 2008 en Culiacán, Sinaloa, comenzó a soltar datos duros a los federales, principalmente sobre la ubicación de casas de seguridad del crimen organizado en el DF, ciudad que mostraba un nuevo rostro: el naciente refugio de los jefes mexicanos del narcotráfico internacional, una urbe extensa y con vocación cosmopolita, capaz de ocultar en su grandeza a cualquiera de los capos de la droga. En su estrategia, Arturo Beltrán Leyva se movía muy seguro entre la ciudad de México, Morelos y Guerrero.

El 22 de enero, un día después del arresto del *Mochomo*, agentes federales desmantelaron dos células del cártel, que tenían en su poder una subametralladora P90, empleada por las fuerzas militares de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). En México hay hasta ahora 15 piezas de este tipo a cargo de la Armada y el Estado Mayor Presidencial. Los cateos contra los refugios de los Beltrán Leyva se realizaron en residencias de la zona sur de la ciudad de México, en lujosos barrios de Coyoacán y San Ángel.

Arrestados los integrantes de estas células FEDA, la guardia pretoriana de Arturo Beltrán Leyva, confesaron que tenían la encomienda de proteger a los líderes del cártel de la droga, eliminar a sicarios de organizaciones rivales y resguardar importantes cargamentos de droga en la ciudad de México, principalmente en el aeropuerto internacional de la capital del país. Algunos matones de la banda habían sido reclutados entre pandillas de San Diego, California, Estados Unidos, y distintos departamentos de Guatemala. Otros provenían de diversas corporaciones policiacas y agencias de seguridad privada mexicanas.

Los elementos del llamado FEDA habían sido entrenados por Manuel Alejandro Aponte, *el Bravo*, un ex militar responsable de la seguridad personal de Joaquín *el Chapo* Guzmán Loera. El jefe de escoltas del capo sinaloense, egresado del Colegio Militar de la generación 1993-1996, tiene especialidad en el manejo de lanzagranadas, lanzacohetes y el uso de rifles de asalto M-16, R-15 y AK-47. Aponte, que en fotos obtenidas por la PGR aparece siempre con vestimenta tipo militar y radio de comunicación en el uniforme, se movía entre Sinaloa, Durango y Chihuahua para reclutar y adiestrar jóvenes sicarios, decían reportes de inteligencia federal.

El operativo policiaco arrancó la noche del lunes 21 de enero. Los agarraron bien dormidos. Una centena de agentes federales, adiestrados en asalto, penetró los domicilios y tomó por sorpresa a los gatilleros, que disponían de un arsenal, uniformes de empresas

de traslado de valores, chalecos antibalas con las siglas FEDA y un laboratorio clandestino de drogas. Los tres cateos se realizaron, “sin disparar un solo tiro”, en el 173 de la calle de Cerro de Dos Conejos, en Romero de Terreros, Coyoacán; el número 1 de la calle de Reyna, en San Ángel, y en el 32 de la calle de Escarcha, en Jardines del Pedregal.

Édgar Millán, jefe de la Policía Federal y hombre de todas las confianzas de Genaro García Luna, secretario de Seguridad Pública federal, confirmó a la prensa que los cárteles de la droga estaban operando en la capital del país. El jefe policiaco seguía la pista de los Beltrán Leyva. De hecho, algunos datos de inteligencia le mostraban que Arturo estaría hospedado en alguno de los tres domicilios cateados en el DF, pero los federales no pudieron localizar al jefe de la mafia sinaloense, que huyó de una de las casas de seguridad y dejó en la mesa una sopa de pasta que todavía estaba caliente en el plato.

¿Qué ocurrió en las semanas posteriores? El cártel de los Beltrán Leyva nunca perdonó las ofensas, no olvidó la detención del *Mochomo* ni el desmantelamiento de sus casas de seguridad en la ciudad de México. *El Jefe de Jefes* puso precio a la cabeza de Millán, íntimo amigo de García Luna.

No pasó mucho tiempo entre el sorpresivo arresto del *Mochomo* y los férreos cateos en el DF contra la organización criminal de los Beltrán Leyva: el 8 de mayo de 2008, un sicario de poca monta vació el cargador de su pistola en el cuerpo de Millán, el jefe de la Policía Federal que tenía la encomienda de romperle la madre a uno de los narcos más violentos de México.

Los primeros indicios arrojaron que muy poca gente tenía acceso a la agenda del jefe policiaco. Los asesinos dieron con Édgar Eusebio Millán Gómez en un domicilio de la calle de Camelia 132, colonia Guerrero, que ocupaba para visitar a sus padres, una barriada de clase baja del centro del DF. Los matones tenían información certera de que esa madrugada llegaría a ese departamento. El sicario lo esperaba sentado en la sala con una pistola con silenciador.

Millán Gómez llegó aproximadamente a las 2:30 de la madrugada a esa vivienda. El día anterior había coordinado, desde el centro de mando de la Secretaría de Seguridad Pública federal, un operativo en el estado de Morelos, donde fueron detenidos nueve presuntos integrantes del cártel de los Beltrán Leyva, que dominaban el corredor Cuernavaca-Acapulco, autopista del Sol. Entre cientos de disparos, los federales

estuvieron a punto de cazar a Arturo Beltrán Leyva, que escapó entre las camionetas que sus escoltas atravesaron en la carretera.

El domicilio del jefe de la Policía Federal era un asunto confidencial. La información era reservada y estaba en manos de un pequeño grupo de funcionarios del área de seguridad nacional del gobierno federal.

Sin embargo, dentro del apartamento, un sicario de nombre Alejandro Ramírez Báez, *el Chicote*, aguardaba a Millán. Apenas el jefe policiaco abrió la puerta, el matón lo recibió con ocho impactos de bala en el tórax. El federal alcanzó a desenfundar y soltar un tiro que alertó a la escolta, que en ese momento se retiraba de la calle de Camelia. El presunto homicida alcanzó a herir a los guardaespaldas del funcionario, que regresaron en estampida al departamento. Uno de los guardaespaldas, con una herida en el cuerpo, logró someterlo.

Las primeras investigaciones arrojaron que Millán había sido ejecutado por una banda local de asesinos a sueldo, contratada por el cártel de los Beltrán Leyva. Hubo un par de hallazgos que mostraban la penetración del narcotráfico en las instituciones de seguridad: por un lado, un ex agente de la extinta Policía Federal de Caminos, José Antonio Montes Garfias, había participado en la preparación del ataque al jefe policiaco, y por otro lado, apareció una lista para liquidar a otros mandos de la Policía Federal que estorbaban al clan de los Beltrán Leyva. Todos del círculo de García Luna.

El plan para asesinar a José Luis Santiago Vasconcelos se había frustrado, pero los narcotraficantes cobraron venganza con Millán. Al final de la historia, los Beltrán Leyva se cargaron a un alto funcionario del gobierno de Felipe Calderón que pisaba los callos del *Jefe de Jefes*.



## La nómina SIEDO

En el estudio del político priista Antonio Cueto Citalán, hay una fotografía de su hijo José Antonio Cueto López, que de niño quería ser diputado. Alguna vez ambos desearon mantener en Chiapas la herencia del PRI: militar en el partido invencible, construir lealtades a base de favores. El hijo de Cueto Citalán aparece sonriente en la curul de su padre, un chiapaneco que en los años setenta tuvo fama de alquimista electoral: uno de los más importantes en tiempos del gobierno de Luis Echeverría. A Cueto Citalán se le achaca, por ejemplo, un fraude en el estado de Nayarit, donde el sistema de aquel entonces desconoció el triunfo del candidato del Partido Popular Socialista, Jorge Cruickshank.

Su hijo José Antonio amenazaba con seguir sus pasos. Estudió en la secundaria 4, Moisés Sáenz, en el barrio de Santa María la Ribera, en la ciudad de México: una escuela de alumnos de clase media baja en la que habían estudiado José López Portillo y el propio Echeverría. Sus compañeros lo recuerdan como un joven sin ambición, que estudió más tarde la carrera de derecho y luego se casó con una chica humilde.

Este hecho produjo la ira de su padre, que tomó distancia del muchacho, para el que deseaba un gran futuro político. José Antonio Cueto López se olvidó de la curul que había soñado en la infancia. Con el tiempo resultó uno de los personajes involucrados en lo que la Procuraduría General de la República llamó Operación Limpieza, la investigación que develó los nexos de altos funcionarios de la SIEDO con el cártel dirigido por los hermanos Beltrán Leyva.

Cueto López comenzó a mostrar una fuerte mejoría en su poder adquisitivo desde el tiempo en que ingresó en una modesta corporación policiaca de Tlalnepantla, en la que estuvo entre 1992 y 1995. Según algunos ex compañeros de la secundaria, su estilo de vida se modificó. Entre otros alardes, pagaba en efectivo las cuentas de sus amigos en los bares de moda. Se le sospechaban ligas con el narcotráfico y con una estructura de compraventa de favores que sin duda había calcado de las enseñanzas de su padre. La PGR encontró evidencias de las relaciones de Cueto López con grupos criminales,

principalmente con *la Barbie y el Grande*, hombres de confianza de Arturo Beltrán Leyva.

De sus tiempos en Tlalnepantla, Cueto López extrajo una relación que lo iba a acompañar a lo largo de los años: se hizo amigo del futuro coordinador técnico de la SIEDO, Miguel Colorado González, quien por entonces tenía a su cargo la subjefatura operativa del Cuerpo de Guardias de Seguridad Industrial, Bancaria, Comercial y Urbana del Valle de Cuautitlán-Texcoco. La PGR se valió de una declaración ministerial de la esposa de Cueto López para fechar el inicio de la relación entre éste y Colorado desde principios de los años noventa.

Con el tiempo, el hijo del priista chiapaneco ingresó en la Policía Judicial Federal y llegó a convertirse en subdelegado de la FEADS. Desde esos cargos siguió tejiendo la intrincada red de compra y venta de favores que finalmente lo llevó a colocar a su antojo a agentes y funcionarios tanto en la AFI como en la Interpol, decían los expedientes armados por el gobierno federal.

En octubre de 2008, la PGR informó que había encontrado pruebas de la presunta participación del entonces secretario técnico de la SIEDO, Miguel Colorado, en una red de funcionarios públicos que protegía las actividades delictivas de los hermanos Beltrán Leyva. La declaración de un testigo protegido, “Saúl”, decía que el enlace entre Colorado y el cártel de los Beltrán era precisamente Cueto López. Su labor: enganchar a funcionarios de la PGR a fin de que les proporcionaran información sensible a los capos.

“Saúl” develó el modo en que los Beltrán se infiltraron en la SIEDO; la forma en que derramaron miles de dólares para comprar la estructura antinarcóticos de la PGR. Un dato desmontó la red de complicidades. Los jefes del cártel, dijo “Saúl”, se pusieron “encabronadísimos” con la aprehensión de Alfredo Beltrán Leyva, *el Mochomo*, ocurrida la madrugada del 21 de enero de 2008, y con el hecho de que los funcionarios de la PGR no habían hecho nada para liberarlo. Enviaron a uno de sus principales operadores, Sergio Villarreal Barragán, *el Grande*, con un mensaje para los funcionarios a su servicio: no iban a perdonar la afrenta. “Saúl” contó que *el Grande* se reunió con el capitán Fernando Rivera, director general adjunto de Inteligencia de la Coordinación Técnica de la SIEDO. Airado, le preguntó: “¿Para qué sirve tanto dinero de la famosa nómina de la SIEDO?”, a lo que el testigo protegido respondió: “[Colorado] vende información a todos los cárteles, y lo hace por medio de su esposa. La información se la

dan a la esposa de Colorado los agentes que están al mando *del Capuleto* y se la llevan a la señora a restaurantes que están cerca de la SIEDO”.

La mujer de Colorado, Diana Alicia Luque Luna, es, por cierto, hermana del general Carlos Fernando Luque, quien ocupó la jefatura de Inteligencia Militar en la Sedena, y la dirección del Centro de Planeación para el Control de Drogas de la PGR en el sexenio de Vicente Fox. Para concluir la conversación, *el Grande* preguntó cuál era la mejor manera de controlar a las dos policías que integraban la SIEDO (la que estaba al mando del capitán Rivera y la que estaba bajo el control de Miguel Colorado).

El 27 de octubre de 2008, la nueva titular de la SIEDO, Marisela Morales Ibáñez, informó que varios funcionarios de la PGR comprados por el narcotráfico recibían pagos que iban desde 150 mil hasta 450 mil dólares mensuales a cambio de dar información, cobertura y protección al cártel de los Beltrán Leyva.

“Por ello, el 6 de agosto de 2008 fue presentado al Ministerio Público de la Federación, Miguel Colorado González, que fungía como coordinador técnico de la SIEDO. Esta persona daba otros datos y documentación a integrantes de organizaciones criminales, entre ellas la de los Beltrán Leyva, a cambio de grandes cantidades de dinero”, explicó la funcionaria ante los medios de comunicación.

Colorado González fue detenido en una celada montada por mandos de la PGR. Marisela Morales lo citó en su oficina para tratar asuntos “de la agenda de trabajo”. De traje sastre, el funcionario llegó al mediodía y pasó por los controles de seguridad. “Deje aquí su arma de cargo”, le ordenaron los escoltas de Marisela. Confiado, el hombre se despojó de su pistola. Cuando entró en la oficina, no pudo hacer nada.

El entonces procurador general de la República, Eduardo Medina Mora, presente en la rueda de prensa del 27 de octubre, mantuvo el caso clasificado, oculto desde hacía dos meses. Estaba aterrado por una posible filtración de datos a la prensa. No había informado al presidente de la República del grado de infiltración en las estructuras de la PGR y en los mandos con los que él trataba de manera cotidiana, los que tenían derecho de picaporte en su despacho (el subprocurador de la SIEDO, Noé Ramírez Mandujano, entre ellos).

Meses atrás, el martes 12 de agosto, la reportera de *El Universal*, Silvia Otero, trató de confirmar en la oficina de Comunicación Social de la PGR un dato que venía trabajando: la infiltración del cártel de los Beltrán Leyva en los mandos de la SIEDO. Como

respuesta, la dependencia emitió un comunicado de prensa con algunos reportes que daban cuenta del arraigo de funcionarios de la SIEDO, acusados de proteger a grupos de traficantes de drogas, pero no explicó la profundidad y la gravedad del caso.

Con el encabezado “Arraigan a seis; uno de ellos fue colaborador de ex subprocurador”, el 13 de agosto la periodista publicó que “los hermanos Beltrán Leyva, unos de los narcotraficantes con más poder y presencia en el país, infiltraron a la Procuraduría General de la República a través de una célula de servidores públicos federales —tres militares y dos funcionarios—, quienes desde la SIEDO servían al grupo delictivo. Hasta el momento, seis servidores públicos han sido detenidos y arraigados por 40 días, para quedar sujetos a investigación.

“[...] Héctor y Arturo Beltrán rompieron recientemente su sociedad con el líder del cártel de Sinaloa, Joaquín *el Chapo* Guzmán, y han creado su propia organización presuntamente en alianza con los Zetas, ordenando incluso la ejecución de altos mandos policiacos federales, como la de Édgar Millán, asesinado en mayo pasado en el Distrito Federal.

“[...] Autoridades de la PGR confirmaron a *El Universal* que entre los seis detenidos están Miguel Colorado González, quien era coordinador de Servicios Técnicos de la SIEDO y uno de los hombres de confianza del ex titular de esa área, Noé Ramírez Mandujano. También mencionaron que la investigación interna arrancó con datos publicados por algunos medios de comunicación, que provenían de averiguaciones previas en curso.”

A finales de septiembre, Medina Mora recibió información que lo obligó a movilizarse: un periodista tenía en su poder numerosos detalles de la infiltración del narcotráfico en la PGR. Una conversación telefónica entre un editor y un reportero de *El Universal* fue interceptada. En la charla, ambos periodistas señalaron que el caso era de tal escándalo que sólo podía equipararse al del involucramiento del general Jesús Gutiérrez Rebollo con el cártel de Amado Carrillo. “Los narcos infiltraron la embajada de Estados Unidos”, expresó el periodista Francisco Gómez, que tenía varias semanas investigando el caso de los funcionarios corruptos de la SIEDO.

La conversación fue entregada a Medina Mora, quien se movió de inmediato para evitar que la información saliera a la luz, bajo el argumento de que iba a entorpecer las pesquisas y que se trataba de un asunto muy delicado. El procurador habló con los

propietarios del diario para pedirles que aplazaran la publicación de la nota; de otra forma la investigación se vendría abajo y algunos funcionarios involucrados en la red de protección se podrían dar a la fuga. En realidad, no quería que el presidente Felipe Calderón se enterara por la prensa del grado de penetración del narcotráfico en la institución encargada de combatir a los cárteles de la droga.

El 6 de marzo de 2009, Raymundo Riva Palacio, ex director editorial de *El Universal*, relató de este modo la parte sustancial de los hechos: “El espionaje telefónico a un periodista alertó a la PGR de que un diario se disponía a publicar el expediente sobre la corrupción en la SIEDO, la Subprocuraduría de Investigaciones Especializadas contra la Delincuencia Organizada, lo que le permitió a Medina Mora hablar con los propietarios para que se demorara un mes su difusión, pues de hacerse en ese momento, alegó, se corría el riesgo de que la investigación fracasara. En el fondo, Medina Mora salvó su trabajo. De haberse publicado el trabajo en ese momento, el presidente Felipe Calderón se habría enterado por la prensa y no por su procurador, del grado de penetración en la PGR.

“[...] Notoriamente nervioso en esos días por desconocer la procedencia del documento, Medina Mora presionó al director general del medio para que se lo mostrara. Cuando el director general se resistió, lo amenazó con llamarlo a declarar ante el Ministerio Público para divulgar ante él la fuente del expediente. Pese a no tener posibilidades de concretar esa amenaza por los precedentes que permiten a la prensa proteger sus fuentes, lo siguió amagando. Finalmente logró su objetivo y tuvo amplio acceso al documento antes de ser publicado”.

En una sala de juntas del periódico, Medina Mora miraba ansioso el documento judicial con los datos de las pesquisas. Las hojas contenían las declaraciones de los presuntos implicados y de los testigos protegidos, que daban rienda suelta a lo que más adelante se denominó Operación Limpieza. Al final, el entonces procurador salió del edificio con un acuerdo para retrasar la publicación de una nota que en las siguientes semanas movió las estructuras del gobierno mexicano y de la embajada de Estados Unidos en México.

Para ese momento había fuertes indicios de la participación del ex subprocurador de la SIEDO, Noé Ramírez Mandujano, en la red de servidores públicos que protegían al cártel de los Beltrán. Pero el procurador había decidido mantenerlo como representante de México ante la Oficina Antidrogas de las Naciones Unidas con sede en Viena.

Ramírez Mandujano dejó la subprocuraduría el 31 de julio de 2008, cuando las autoridades investigaban la penetración del narcotráfico en la SIEDO. Cuatro días después fue designado representante de la PGR ante la Oficina de la ONU contra la Droga y el Delito.

Dos meses más tarde, en septiembre de 2008, el expediente judicial ofreció pruebas del involucramiento de los principales operadores de Ramírez Mandujano en la protección y venta de reportes internos al cártel de los Beltrán Leyva. La compra de voluntades entre mandos y agentes federales se había pactado una noche de tragos, en septiembre de 2007. Un sujeto apodado *el 19*, operador del sicario más temible de los Beltrán, Édgar Valdez Villarreal, *la Barbie*, fue el encargado de establecer el contacto. Convertido hoy en testigo protegido, *el 19* (su nombre clave: “Jennifer”) relató una trama que comenzó en Acapulco, el día en que *la Barbie* asesinó a sangre fría, y frente a una cámara de video, a un miembro de los Zetas: Juan Miguel Vizcarra Cruz. Millones de personas se estremecieron cuando aquel video fue transmitido por televisión y subido a los portales web de noticias.

“¿Y tú, güey?”, preguntaba con sarcasmo un hombre con un guante negro en la mano, antes de colocar la punta de una .45 en la cabeza de Vizcarra. Antes de que un “plop” seco retumbara en aquel cuarto cuya pared había sido forrada con plástico negro.

“Después de que se hizo público el video —relató *el 19*—, Arturo Beltrán Leyva les dio 450 mil dólares a Fernando Rivera y al teniente Roberto García García para que se dejara el asunto tranquilo y no se investigaran más las cosas, ya que esto involucraba a Édgar Valdez Villarreal, puesto que hubo una junta en la que se acordó pagar esa cantidad a Fernando Rivera y a su gente”, narró el sicario convertido en testigo protegido.

Un ex policía municipal de Querétaro, Roberto, alias *el R*, que se había convertido en contador del cártel de los Beltrán, hizo la entrega del dinero. *El R* acudió a la Torre del Caballito, en el corazón de la ciudad de México, para correr una maleta negra marca Samsonite a las manos de Fernando Rivera. La valija contenía fajillas con billetes de 100 dólares. El contador la había adquirido un día antes en el Sanborns de Lafragua. Con ayuda del *19*, metió las fajillas envueltas en papel periódico.

Relató *el 19*: “Fernando Rivera le entregó a su vez la declaración ministerial de la esposa de Juan Miguel Vizcarra Cruz, el muerto del video, y la dirección donde se

encontrarían ella y su hija. Además, entregó copia de todo el expediente que integraba la SIEDO sobre el caso del video. Ésa fue la primera vez que vi a Fernando Rivera”.

Aquella tarde, *el 19* sirvió de muro. Se colocó a cinco metros del lugar donde iba a realizarse el canje, “por si había algún contratiempo”. Después se dedicó a seguir a Fernando Rivera. Obtuvo datos de su domicilio, su novia, sus amigos, sus subordinados de la SIEDO.

“Luego lo empecé a buscar con amigos en común; me interesaba conocerlo para el futuro. De esa manera, unos amigos me lo presentaron en septiembre en la cantina Los Remedios, que se encuentra en Río Tíber, cerca de Paseo de la Reforma, por el Ángel de la Independencia —relató el ex sicario—. Esto fue una noche de viernes, como a las 8:30 de la noche. Me presentaron a Fernando Rivera y él empezó por decirme que era director de Inteligencia de la SIEDO.”

—Estoy trabajando asuntos de narcotráfico, del cártel de Sinaloa y del Golfo — alardeó el funcionario. Lo acompañaba nada menos que Cueto López, que había sido el enlace del *19*.

—¿No te da miedo llevar este tipo de asuntos? ¿No te han tentado con dinero a cambio de apoyar a los narcos o darles información? —se tiró a fondo *el 19*.

Rivera mordió el anzuelo:

—Sí, en alguna ocasión, Arturo Beltrán Leyva me ofreció 450 mil dólares, por medio de otra persona, a cambio de que fuera más suave en la investigación del video de los Zetas en Acapulco. Te lo cuento porque el hombre que nos presentó es de confianza y hemos trabajado algunos negocios juntos — respondió Rivera señalando a Cueto López.

*El 19* contó que Rivera había llegado “muy suelto”, muy confiado, a Los Remedios. Parecía dispuesto a negociar.

—¿No se te ha acercado alguien más para negociar, arreglar negocios? —pisó el acelerador *el 19*.

—Estoy esperando la oportunidad —reviró sin mucho preámbulo el director adjunto de Inteligencia.

—¡Es tu día de suerte! —exclamó *el 19* con una sonrisa; acto seguido, le explicó que era gente de *la Barbie*, que trabajaba directamente con el hombre de todas las confianzas de los hermanos Beltrán Leyva. Y añadió—: Él me mandó a negociar contigo, para arreglar una relación de negocios. Necesitamos información de todo lo que pasa en la SIEDO, las fechas y horarios de los operativos en coordinación con otras policías en



contra del cártel. Necesitamos los números de averiguaciones previas, copias de las averiguaciones, números celulares, fotografías y domicilios de los agentes que participan en los operativos. Necesitamos las solicitudes de órdenes de cateo, los nombres de las personas investigadas, las direcciones de las casas de arraigo. Necesitamos que nos escolten cuando salgamos de algún estado —ametralló *el 19*, como si hiciera una lista de artículos del supermercado.

—¿Cuánto me van a pagar por todo eso? —preguntó el director adjunto de Inteligencia de la SIEDO.

—Por darnos todo lo que necesitamos, la cantidad que tú pongas.

*El 19* chocó su vaso con el de Rivera. Quedaron en verse el lunes siguiente en un restaurante de Paseo de la Reforma, frente a la embajada de Estados Unidos.

Llegaron puntuales a las tres de la tarde. Pidieron bebidas y fueron al grano.

—Ya lo pensé bien y no hay problema, acepto el negocio. Quiero 500 mil dólares mensuales —soltó Rivera.

—¡Fuiuuú...! ¡Es un chingo de lana! Tengo que hablar con *la Barbie* —respondió el ahora testigo protegido.

*El 19* se levantó de la mesa para llamar por Nextel al sicario del cártel de los Beltrán Leyva, que desde una oficina en una zona residencial de la ciudad de México operaba sin problemas las actividades del grupo criminal.

—Tienes que llegar a un acuerdo mucho mejor, por menos dinero. Te tienes que ajustar a los 300 mil dólares que traes encima para negociar con Rivera —se enfureció *la Barbie*.

*El 19* regresó a la mesa y soltó a bocajarro:

—Te ofrecemos 150 mil dólares mensuales —y argumentó que ésa era la cantidad autorizada por sus patrones. Taimado, estaba intentando birlarle la mitad del dinero al funcionario de la SIEDO. Y el hombre cayó en la trampa.

—¡Vengan! —aceptó Rivera.

En ese momento se acercó a la mesa el comandante Roberto García García. Rivera le recomendó *al 19* que si no establecía comunicación con él o con Cueto López, lo hiciera directamente con el teniente. “Es gente de mi entera confianza.”

El enviado de los Beltrán deslizó por debajo de la mesa una bolsa negra con letras blancas que decían Hugo Boss. Estaba llena de fajillas que sumaban 150 mil dólares. El funcionario la tomó y se fue al baño para contar el dinero.

—Listo —dijo al volver—. Cada mes tendrás que entregar la misma cantidad al licenciado Cueto López —ordenó Rivera.

Relata *el 19*: “Posteriormente, en todas las ocasiones buscaba a Cueto y siempre lo encontraba disponible. Ese mismo día les entregué seis radios de comunicación, tres Nextel y tres Unefón, para mantener comunicación con ellos”.

Durante seis meses, entre septiembre de 2007 y marzo de 2008, *el 19* entregó el dinero enviado por *la Barbie*. En todo ese tiempo, Fernando Rivera y su gente cumplieron con el pacto, “incluyendo diversos traslados escoltados y protección en las ciudades de Acapulco, Iguala y Taxco, y en Cuernavaca, Morelos, además de algunas discotecas de la ciudad de México”.

Cada funcionario recibió una clave y un teléfono Nextel para comunicarse por el sistema de radio. Fernando Rivera, *La Reina*. Cueto López, *El Rey*. El comandante Roberto García, *El Príncipe Uno*. Gerardo, chofer de Cueto, *Príncipe Dos*.

El escudo de protección allanaba dificultades: “A fines de enero o principios de febrero de 2008, aproximadamente como a las cuatro de la tarde, fui detenido por exceso de velocidad por una patrulla de la Policía Federal en la carretera de cuota de Toluca a Interlomas, en el Estado de México —relató *el 19*—. En seguida llegó otra patrulla. Al detenerse los elementos de la Policía Federal, que eran tres, uno de ellos permaneció cerca de las patrullas con un arma larga y los otros dos me encañonaron a mí y a mi escolta. Los policías encontraron en el interior de la camioneta Durango color arena, sin placas, una metralleta MP-5 con silenciador, calibre 9 milímetros, una pistola .45 escuadra y otra pistola 9 milímetros escuadra.

“[...] Llamé por teléfono a Cueto y él me comunicó a Rivera, quienes coordinaron la llegada en menos de 20 minutos de Roberto García García, Milton Cilia Pérez y Gerardo, el chofer de Cueto, que intentaron someter y golpear a los elementos de la Policía Federal —siguió *el 19*—. Ellos los reconocieron y se disculparon y devolvieron el armamento. Éste es un ejemplo de la protección que nos prestaba Rivera y su gente en diferentes lugares. Ellos escoltaron a miembros del cártel de Sinaloa, como Arturo Beltrán Leyva y a Édgar Valdez Villarreal, *la Barbie*”.

La famosa nómina SIEDO quedaba al descubierto con la declaración del *19*, el enlace de *la Barbie* que terminó traicionando a todos y proporcionó información para que el gobierno de Estados Unidos solicitara la extradición de Miguel Colorado González.

El 30 de julio de 2008, dos agentes federales de investigación se apostaron por la tarde

frente al edificio de Reforma 75, en la colonia Guerrero, domicilio de la SIEDO, para identificar a algunos de los funcionarios y policías que formaban parte de la red de protección al cártel de los Beltrán Leyva. No tuvieron que esperar mucho. Cerca de las 17 horas, salieron tres personas que fueron identificadas: Roberto García García, Fernando Rivera Hernández y Milton Carlos Cilia Pérez.

Los agentes federales mostraron a los funcionarios una orden de localización y presentación, avalada por el Ministerio Público Federal. Los sospechosos no opusieron resistencia. García García mostró también su charola número 346408 de la PGR como primer comandante de la AFI; Rivera Hernández enseñó la placa 323084, y Cilia Pérez mostró la credencial 345879 de segundo comandante. Los detenidos llevaban los celulares que les había entregado el emisario de los Beltrán Leyva. Un pitido alertó a García García. Uno de los federales lo despojó del Nextel. No había nada que hacer.

Poco a poco, los funcionarios fueron cayendo como fichas de dominó. Cueto López aprovechó el esquema de compra y venta de favores que tan buenos dividendos le había reportado. En cuanto se puso en marcha la Operación Limpieza desapareció. La PGR no lo ha encontrado, pero él sigue libre. Algunos de sus viejos amigos de la secundaria 4 lo han visto por el centro de la ciudad de México. No se sabe si es ahora testigo protegido o colabora con una investigación que no ha llegado a su fin, la publicitada Operación Limpieza.

## El Jugos Bayardo

Édgar Enrique Bayardo del Villar hizo una doble carrera que con los años le redituó en millones de pesos, que de nada le valieron. Por una venganza de la mafia murió acribillado en un café de la colonia Del Valle, en la ciudad de México.

Por años se dedicó a trabajar para la policía, a ser informante de la Agencia Antidrogas de Estados Unidos, la DEA, y a proteger a narcotraficantes. Bayardo del Villar inició su trabajo en cuerpos policiales estatales, siguió en los federales y la víspera de su muerte era conocido con el arrogante mote *el Tigre*. El gobierno federal le obsequió protección, manutención y hasta el apodo a un sujeto especialista en la traición.

La historia de este hombre, como la de muchos otros infiltrados, fue la de un topo al servicio de los cárteles mexicanos de las drogas, un hombre con uniforme que durante cuatro lustros cruzó por los hoyos del sistema policial.

Una ficha elaborada por funcionarios del área de seguridad del gobierno federal describe de manera cronológica la carrera policial de este hombre que escaló alto en las esferas de la policía y en los terrenos del hampa, para acabar tendido en el piso de una cafetería de clase media: ingresó en 1997 a la Policía Judicial Federal y desde esos tiempos conoció al narcotraficante Jesús Zambada, *el Rey*, hermano de Ismael Zambada, *el Mayo*. Los ascensos profesionales federales y estatales se dieron muy pronto. Para 1999, asumió el cargo de subprocurador general en la Procuraduría General de Justicia de Tlaxcala.

*El Tigre* comenzó a trepar la cumbre del narco y de los puestos oficiales en 2006. Recibía nombramientos y tenía importantes reuniones con jefes de la mafia. Durante ese año fue nombrado fiscal de Delitos Graves de la Procuraduría General de Justicia de Guerrero. La ficha oficial decía que en ese tiempo otro funcionario de nombre Raúl Batres, comandante de la delegación de la PGR en Puebla, había organizado, con la ayuda del comandante Ignacio Perales, un encuentro con Jesús Zambada, *el Rey*, al que también asistió Pedro Felipe Magaña Hernández, ex integrante de la desaparecida Policía Judicial Federal reinstalado en AFI en 2006 por orden de un juez.

Tres de los asistentes a la entrevista con *el Rey Zambada* fueron ejecutados con el paso de los años. Perales recibió varios disparos en junio de 2006, al norte de la ciudad de México, cuando salía de su casa. En ese entonces, tenía a su cargo la Fiscalía para Asuntos Especiales de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal. Magaña Hernández fue asesinado en agosto de 2008. *El Tigre* seguiría en la lista de la muerte, con la consabida etiqueta de ejecutado.

“En febrero de 2006, la Secretaría de Seguridad Pública federal, a cargo de Eduardo Medina Mora, contrata a Bayardo del Villar, a través del actual oficial mayor de la PGR, Rafael Ibarra Consejo, quien se desempeñaba como oficial mayor de la Secretaría de Seguridad Pública federal”, describía el documento oficial.

*El Tigre* ingresó a la Policía Federal en julio de 2007, donde se relacionó con el comisario Jorge Cruz Méndez y el inspector de la división antidrogas Fidel Hernández García. “Bayardo del Villar realizaba operaciones con personal de la Agencia Antidrogas de Estados Unidos y con ministerios públicos de la SIEDO, que actuaban de manera paralela al trabajo que se realizaba en las Unidades de Doble Certificación para el Manejo de Información Sensible.”

Por casi dos décadas, el oficial Bayardo, protegido de Eduardo Medina Mora, ex procurador general de la República, traicionó a las autoridades y a los jefes del narcotráfico. Por mucho tiempo, trabajó para las mafias que debía combatir y les dio protección. Los cárteles de la droga le retribuyeron con millones de pesos, a cambio de información, de datos de seguridad nacional. Los soplos, casi siempre información sensible de los enemigos de sus patrones, fueron insumo en la guerra sangrienta que sostienen los cárteles en México. ¿Y qué recibió él del gobierno? Inmunidad total. Gracias al programa de testigos colaboradores de la Procuraduría General de la República, nunca pisó la cárcel.

Bayardo tuvo un trato excepcional en la gestión de Eduardo Medina Mora, cuando el funcionario ocupó la titularidad de la Secretaría de Seguridad Pública. En febrero de 2006, unos meses después de tomar posesión como titular de la Secretaría de Seguridad Pública, *el Tigre* fue contratado directamente por la Oficialía Mayor como consultor, por honorarios, para “efectuar las actividades consistentes en apoyo en análisis de información confidencial, procesamiento de documentos relevantes, diseño de estrategias, logística de operación e investigación y apoyo a funciones de control y evaluación de personal”, según decía la institución. Apenas con una declaración de que

era abogado por la Universidad Cristóbal Colón, obtuvo dos contratos, uno de febrero a marzo, y una ampliación de abril a noviembre del 2006, que sumaron 770 mil pesos. Los convenios fueron rescindidos en agosto de 2006, sin explicación alguna.

Pero la generosidad de Medina Mora no terminó ahí. Después de confesar que trabajaba para el cártel de Sinaloa, principalmente para los Zambada, el gobierno federal lo adoptó y le dio el nombre clave de *el Tigre*. Por supuesto, lo incluyó en la nómina de testigos protegidos con un sueldo mensual de 50 mil pesos, con casa-habitación y escoltas. El gobierno de Felipe Calderón canceló además todas las acusaciones en su contra, y con ello, todos sus bienes, autos de lujo, camionetas blindadas, inmuebles, joyas y cuentas bancarias, le fueron devueltos. Tuvo de regreso todo lo que obtuvo traicionando al Estado.

Pero la mafia no fue tan generosa con Bayardo. A sólo unos meses de haber ingresado al programa de testigos colaboradores de la PGR, un par de sicarios lo tomó por sorpresa y lo llenó de plomo. *El Tigre* murió desangrado sobre el piso de un Starbucks de la colonia Del Valle, en la ciudad de México. La mañana del 1º de diciembre de 2009 la noticia corría por los portales web de noticias, pero no daban a conocer la importancia del infiltrado. Como en la gran parte de las miles de ejecuciones que se han registrado en los últimos años, nada se sabe de los asesinos.

Dos hipótesis de trabajo corrieron por las áreas de seguridad: el cártel de Sinaloa ordenó su ejecución ante la traición o lo liquidaron bandas rivales a las que él afectó al trabajar para los enemigos. ¿Pero quién dio el soplo de dónde se encontraba el ex policía, quién soltó el dato para que los sicarios llegaran y lo cazaran? Son los propios funcionarios de la PGR los que conocen y tienen información de los presuntos delincuentes que se acogen al programa de testigos protegidos.

Por un sueldo mensual de 25 mil dólares y entregas de cantidades extra que iban de los 100 mil a los 500 mil dólares, Bayardo se puso al servicio del cártel de Sinaloa, organización criminal que comandan Ismael Zambada García, *el Mayo*; Joaquín Guzmán Loera, *el Chapo*, e Ignacio Coronel Villarreal, Nacho Coronel, quien murió en un operativo del ejército mexicano el 29 de julio de 2010, en Zapopan, Jalisco. Hasta enero de 2008 los hermanos Beltrán Leyva también eran parte de la estructura del cártel de Sinaloa. Sin embargo, rompieron su alianza por la detención de Alfredo Beltrán Leyva, *el Mochomo*. Los hermanos liderados por Arturo, *el Barbas*, culparon al *Chapo* Guzmán de haberlo entregado. La separación y la sociedad que los Beltrán Leyva trabaron con

sus antiguos acérrimos enemigos, *Los Zetas* —pertenecientes al cártel del Golfo— desataron una encarnizada lucha por el control de plazas en el país. Los Beltrán Leyva lograron consolidarse como un cártel independiente y fuerte, que se tambaleó a finales de 2009 y principios de 2010 con la muerte de Arturo, *el Jefe de Jefes*, y la detención de su hermano Carlos.

La ruptura y las nuevas alianzas criminales de los Beltrán Leyva con el cártel de Sinaloa obligaron a la organización del *Chapo* Guzmán a designar a Jesús Zambada García, *el Rey*, hermano del *Mayo* Zambada, como el encargado de las operaciones del grupo criminal en el Distrito Federal, Guerrero y la zona de la Costa Grande, plazas que eran controladas por Arturo Beltrán Leyva. Las responsabilidades del *Rey* incluían hacerse cargo de la operación para el trasiego de drogas en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, tarea que antes de la escisión cumplía *el Jefe de Jefes*. En pocos meses, a sangre y fuego, e invirtiendo grandes cantidades de dinero para comprar funcionarios públicos, *el Rey* se convirtió en uno de los introductores más importantes de cocaína y metanfetaminas en el país, provenientes de Sudamérica, desde la plataforma de la terminal aérea.

Para manejar ese imperio de la droga en la ciudad de México, *el Rey* necesitaba súbditos entre las corporaciones policiacas. Pronto le llegó el tiempo de recordar viejas amistades. En su calidad de testigo protegido, Bayardo narró a los investigadores su primer contacto con el capo del narcotráfico: “Hace aproximadamente 20 años, cuando era agente de la Policía Judicial Federal y me desempeñaba como escolta del comandante Francisco José Sánchez Naves, en una ocasión me dijo que lo acompañara a un domicilio aquí en el Distrito Federal. Al llegar a ese lugar, me encontré con varios comandantes, entre ellos uno que había sido mi compañero, de nombre Ramón Alcides Magaña, alias *el Cochicoreano*, el cual me dijo que no podíamos pasar más adentro donde se encontraban muchos comandantes y personas, y en ese lugar me presentó a Joaquín, *el Texano*; a Jesús Zambada, *el Rey*, y a un comandante de nombre Ojeda. Yo vi por el ventanal a una persona alta, la cual cuando vi las noticias por la televisión que había fallecido Amado Carrillo, me percaté de que al parecer era el mismo”, y el relato quedó asentado en su declaración del 25 de octubre del 2008, en la que aparece como testigo colaborador de la PGR con nombre clave “Tigre”.

Otro testigo, ex integrante de la organización de los Zambada, describió también en octubre de 2008 la estructura de la organización criminal. Richard Arroyo Guízar, *el*



*Richard*, hijo de la colombiana Yahaira Escobar, actual esposa del *Rey* Zambada, reveló que tanto su padrastro como Bayardo trabajaron 20 años atrás para Amado Carrillo Fuentes, *el Señor de los Cielos*, extinto líder del cártel de Juárez. El hijastro y brazo derecho del *Rey* relató cómo en 2006 “su padre” —así se refiere siempre al *Rey*— y Bayardo iniciaron una relación, y la manera en la que el cártel comenzó a pagarle fuertes sumas de dinero que le servían para comprar ascensos, primero en la Procuraduría General de la República y más adelante en la Policía Federal. La mafia le asignó un sueldo mensual de 25 mil dólares.

*El Tigre* Bayardo desquitaba con creces sus miles de dólares. En su calidad de funcionario de la PGR, alertaba con horas de anticipación a los jefes del cártel de los operativos, los cateos a sus casas y bodegas para que los inmuebles fueran vaciados y los delincuentes pudieran huir. Como alto mando de la Policía Federal Preventiva, proporcionaba seguridad a los miembros de la organización; realizaba redadas y allanamientos en propiedades de los cárteles contrarios al de los Zambada; les entregaba información de inteligencia del gobierno mexicano e informes y datos de la DEA. Todo lo que caía en sus manos era para sus patrones del narcotráfico.

El entonces jefe policiaco recibía información del *Rey* Zambada sobre los grupos contrarios, con la que logró realizar algunas capturas relevantes que fueron altamente difundidas. En mensajes de radio y televisión, el gobierno del presidente Felipe Calderón se regodeaba anunciando las detenciones que presentaba como el exitoso resultado de la guerra antidrogas que la administración federal lanzó contra el narcotráfico. Muy lejos estaban de saber en Los Pinos que la información que permitió la captura del capo colombiano Eder Villafañe, enlace entre el cártel de los Beltrán Leyva y el cártel del Norte del Valle, de Colombia, se obtuvo gracias a los informes que *el Rey* entregó a Bayardo para golpear al cártel contrario.

“Hace dos años [en 2006] conocí a Édgar Bayardo del Villar, alias *el Jumex*, quien en ese tiempo se encontraba adscrito a la PGR. LO conocí por medio del *Pelón*, quien, como ya lo dije, forma parte de la organización que dirige mi padre, Jesús Zambada. Mi padre y Bayardo ya se conocían de tiempo atrás cuando trabajaron con Amado Carrillo Fuentes, sin poder precisar qué actividades realizaba Bayardo, pero se perdieron de vista. Quiero precisar que *el Pelón* concertó la cita con mi papá para que fuera a entrevistarse con Bayardo, pero como él no se encontraba en la ciudad me mandó a mí para que yo lo viera. Nos quedamos de ver en el Subway que se localiza en Bosques de las Lomas. Nos

saludamos y él se puso a la orden de la organización. Desde entonces, nosotros le íbamos dando dinero para que obtuviera puestos más altos en la PGR y así sernos más útil. Quiero precisar que la suma que en ese entonces se le proporcionaba era de un aproximado de 100 mil dólares cada vez que nos decía que iba a ascender de puesto en la PGR, pues el dinero serviría para pagar a las personas que lo estaban ayudando a obtener los puestos”, narró *el Richard* ante agentes federales en una declaración fechada el 22 de octubre de 2008 y contenida en el expediente PGR/SIEDO/UEIDCS/350/2008.

El ex mafioso dio muchos más detalles de la doble vida de Bayardo, de la manera como se infiltró en las corporaciones policiacas para vender protección a los cárteles de la droga: “Cuando Bayardo ingresó a la Policía Federal Preventiva, se le empezó a dar una mensualidad de 25 mil dólares a cambio de sus servicios, entre ellos información de cateos que se llevaran a cabo en cualquier domicilio; es decir, cada que un juez libraba un cateo, Bayardo entablaba comunicación, por el teléfono celular que yo le había proporcionado, tres horas antes del cateo, ya sea con mi papá o conmigo, para saber si el domicilio a catear era de los que empleaba la organización de mi papá como oficina, y de ser el caso, tener el tiempo necesario para desocupar el inmueble. A partir de noviembre pasado que lo hicieron comisionado o inspector en jefe de la PFP, empezó a darnos seguridad siendo puramente logística, ya que cuando sabía de un cateo o de información importante que se generara en la PFP, o inclusive en la DEA, relativa a la organización de mi padre, nos avisaba para que se tomaran las medidas necesarias.

“[...] Además, cuando hacíamos cateos en casas de los contrarios: los Zetas, Vicente Carrillo o los Beltrán Leyva, él nos acompañaba para brindarnos seguridad, pues llevaba gente de su corporación, quienes se encargaban de hacerles muro, resguardar el inmueble mientras se revisaba. En los meses de enero o febrero de 2008, Bayardo acudió a una casa que se localiza en Las Lomas en compañía de dos personas que trabajan en las mismas oficinas, es decir, en la PFP, de nombres Jorge y Fidel. Jorge acudió diversas ocasiones a los operativos para reventar casas, pues tanto mi papá como yo le proporcionábamos los domicilios y él iba a revisarlos. En tanto que Fidel es el encargado, dentro de las oficinas de la PFP, de intervenir teléfonos de los enemigos, y una vez que obtenía la información me hablaba directamente para decirme lo que había obtenido”, contó *el Richard*.

Convertido en testigo protegido y con su nueva identidad, “Tigre”, Bayardo

confirmaba su trabajo de topo para proteger al *Rey* Zambada y la manera en que enganchó a sus subordinados de la Policía Federal, Jorge Cruz Méndez y Fidel Hernández García, para que trabajaran al servicio de la mafia. La reunión con Zambada tuvo lugar, relató el propio Bayardo, en una residencia de la exclusiva colonia Bosques de las Lomas, en la ciudad de México.

“Nos entrevistamos con Jesús Zambada García, *el Rey*, el cual nos dijo que felicidades por nuestros nombramientos, y que quería pedirnos apoyo por si en alguna ocasión supiéramos algo de él, le avisáramos para darle tiempo de huir o de hacer algo. Pidió que si algún día se llegara a ofrecer, quería contar con nuestra amistad, y nosotros le expresamos que también le pedíamos que si tenía información importante para la captura de capos nos lo hiciera saber, quedando de acuerdo en que cuando tuviera algo nos lo proporcionaría, entregándonos en ese momento paquetes con 25 mil dólares a cada uno y que iba a tratar de que esa cantidad fuera mensual”, relató el testigo colaborador “Tigre” en una hoja contenida en un expediente de la Unidad Especializada contra la Delincuencia Organizada.

Bayardo confesó que antes de la cita con el jefe del grupo criminal, él y sus subordinados acordaron que aceptarían los sobornos y los datos proporcionados por Zambada, a cambio de escalar posiciones en la Policía Federal. Una vez en la cumbre, buscarían la manera de arrestar *al Rey*. Toda la operación se haría para cobrar fama y fortuna y sin dar cuenta a los superiores. Tenían planeado traicionar a su patrón, para adquirir fama y prestigio en el gobierno.

“Fui a hablar con Jorge Cruz Méndez y Fidel Hernández García y ellos me dijeron que cómo la veía. Yo les respondí que aprovecharíamos para hacer un plan de trabajo, ya que todos queríamos que Jorge Cruz fuera jefe de división, y si metíamos trabajo importante lo podíamos lograr. Y que la única forma de meter trabajo importante era a través de estas personas y que deberíamos aprovechar la información que nos podían dar para la captura de los enemigos de él [*el Rey*]. Finalmente, capturarlo a él y además llevarnos una lanita sin problemas”, describió Bayardo.

“En ese tiempo, Jesús Zambada García, *el Rey*, cuando le preguntábamos sobre alguna persona nos daba datos. Un ejemplo entre otros, es el del colombiano Eder Villafañe”, capo colombiano capturado en julio de 2008 en un operativo de la Policía Federal. El gobierno presumió el arresto y las autoridades de Colombia felicitaron al presidente Felipe Calderón. “Villafañe se encargaba de las líneas aéreas y seguramente su captura

nos podía llevar a Arturo Beltrán, diciéndonos que él sabía que tenía una casa en el Pedregal, corroborando los datos que traíamos nosotros, los cuales nos los había proporcionado la DEA. Y como nos daba buena información, nunca lo molestamos con pedirle más dinero porque los planes iban conforme a lo establecido: habíamos capturado a algunos delincuentes y después lo capturaríamos a él”, explicó el testigo protegido.

*El Tigre* traicionó a sus patronos a finales de 2008. Después de un intenso tiroteo en la colonia Lindavista, al norte de la ciudad de México, *el Richard*, su padrastro —*el Rey* Zambada— y su hermanastro —Jesús Zambada Reyes— fueron detenidos el 20 de octubre, junto con otras 13 personas, en una casa de seguridad. Al igual que el jefe policiaco Bayardo, uno de los Zambada, Jesús, aceptó convertirse en testigo protegido con el nombre clave “Rambo III”. Poco a poco se descubrieron las caretas de Bayardo y la estructura del cártel de Sinaloa.

A diferencia de su hermanastro *el Richard*, que sólo declaró en contra de Bayardo, *Rambo III* detalló los nexos entre los capos del cártel de Sinaloa y su padre: Nacho Coronel era compadre de su papá y se apoyaban mutuamente en la lucha contra los cárteles contrarios que querían eliminarlos. Destapó también operaciones y rutas de tráfico de la organización criminal. Un año después de su captura, en noviembre de 2009, Jesús Zambada Reyes fue encontrado sin vida en un inmueble de la colonia Santa Úrsula Xitla, al sur del DF. La PGR dictaminó de inmediato las causas de la muerte del testigo protegido: suicidio por asfixia.

La versión oficial es que Zambada Reyes, *Rambo III*, se ahorcó con una agujeta de zapatos dentro de la casa de seguridad, bajo la custodia de la PGR. Pero el resultado de la necropsia dejó muchas dudas: el cuerpo fue llevado al forense en calidad de desconocido, y según el reporte, su cuello presentaba un surco en el diámetro completo, lo que al decir de médicos independientes, sugiere que fue ahorcado por una o dos personas que estiraron con gran fuerza la cuerda hasta dejarla completamente marcada. Las muertes de los dos testigos protegidos de la PGR, *el Tigre* y *Rambo III*, se registraron con 11 días de diferencia.

El gobierno federal no ha podido dar una explicación de las muertes de los dos testigos protegidos. ¿Qué hacía en la calle Bayardo, un testigo protegido que había revelado importantes secretos del poderoso cártel de Sinaloa? ¿Por qué estaba a media mañana en una de las cafeterías con mayor afluencia en la ciudad de México? ¿Cómo

pudo ahorcarse *Rambo III*, soplón que era vigilado las 24 horas por agentes de la PGR? Las rutas de ambos tienen un mismo sendero: formaban parte del mismo caso y los dos traicionaron al cártel de Sinaloa.

En el juego macabro de traiciones, *Rambo III* tuvo tiempo para describir, en una declaración fechada el 21 de octubre de 2008, las actividades ilegales de Édgar Bayardo y de sus ligas con *el Rey*. A cambio, *el Tigre* recibía pagos de 50 mil dólares mensuales y autos de lujo blindados: “Quiero manifestar que soy hijo de Jesús Zambada García y sobrino de Ismael Zambada García, conocido como *el Mayo Zambada*, quienes tienen como actividad principal manejar una organización dedicada a la transportación, internación a México proveniente de Colombia, principalmente, y a veces de Venezuela. Y de México a Estados Unidos. Respecto a la organización que encabeza mi señor padre puedo mencionar que la misma tiene como fin dicha actividad y que para eso cuenta con un grupo de gente: debajo de mi papá se encuentra, como segundo, Richard, alias *el R*, encargado de las operaciones que encabeza mi padre. Él organiza los operativos para capturar a los grupos contrarios, los cuales cuando ya estaban detenidos él acudía a interrogarlos. *El R* tiene a su cargo la administración de los recursos financieros, y si mi papá no estaba, él organizaba a las personas para seguir operando de la misma manera. Programaba las embarcaciones donde se transportaba la droga proveniente de Colombia.

“[...] También sé de un jefe de la policía, de nombre Bayardo, que es el que brindaba protección a mi papá. Mi papá le daba direcciones para que fuera a reventar los domicilios [de las bandas contrarias]. Por ejemplo, la persecución en Cuernavaca para atrapar a Arturo Beltrán, de la que logró escapar. Después Bayardo colaboró para detener a gente de los Beltrán Leyva en el Desierto de los Leones ocurrido en días pasados. De igual forma, Bayardo colaboraba para hacer operativos en Interlomas, y en distintas regiones comandadas por *el Richard*; recibía dinero en efectivo por parte de mi papá. Lo máximo que le han dado en efectivo, que yo escuché, creo que eran 500 mil dólares, y eso fue hace aproximadamente cuatro o cinco meses. *El Richard* se los entregó en la oficina que se encuentra cerca del hospital MIG de Lindavista, y le era entregado dinero en efectivo, casi cada dos meses, o cuando entregaba información muy importante”.

*Rambo III* no se detuvo; continuó con la descripción de la compra de uno de los jefes policiacos que creció al amparo de Eduardo Medina Mora, en su papel de secretario de Seguridad Pública federal, y que siguió su ascenso en la administración de Genaro García Luna: “Mi padre Jesús Zambada, *el Rey*, le dio carros blindados, un Mercedes

Benz 2006, color verde con blindaje. Después supe que le dieron una camioneta blindada. Los vehículos fueron para su protección de los sicarios de Arturo Beltrán Leyva. También quiero señalar que este mando de la PFP estaba comprometido con la organización para que en el supuesto de que fuera detenido por su corporación, algún integrante de las bandas contrarias, como los Zetas, los Beltrán Leyva, los Carrillo Fuentes, se los entregara a la organización de los Zambada para que fueran interrogados por ellos y sacar la mayor información de utilidad para llegar a la localización de alguna cabeza de las organizaciones contrarias”.

Bayardo seguía su plan: utilizar los datos del *Rey Zambada* para golpear a los cárteles rivales. En una ocasión empleó la tecnología del cártel de Sinaloa para localizar de manera satelital a hombres de la organización de los Beltrán Leyva. Uno de sus subordinados, Fidel Hernández García, fue el operador de un programa adquirido por la organización criminal: “También quiero hacer mención de que en el mes de julio de este año, Fidel estuvo por un día colaborando directamente conmigo. Nos quedamos de ver en una oficina de mi papá, que se localiza frente al hospital MIG, en la colonia Lindavista. En esa ocasión, como nosotros teníamos el programa de LOCATER, que es un programa diseñado para ubicar por GPS los radios Nextel, y como la corporación policiaca a la que ellos pertenecían no lo tenían, acudió a las oficinas para dar seguimiento a unos radios Nextel, pues tenía información de que pertenecían a gente de Arturo Beltrán. También aproveché para que me enseñara a utilizar la computadora. Ahora bien, de la cantidad que se entregaba mensualmente a Bayardo, siendo un total de 205 mil dólares, él se encargaba de repartirlo entre sus ayudantes, entre ellos Fidel y Jorge, de los cuales también tengo conocimiento de que le repartía al comandante Facundo. De dicha persona recuerdo que en los meses de mayo o junio, Bayardo me mencionó que el comandante Facundo le estaba ayudando también a proporcionarnos información; sin embargo, en ningún momento tuve contacto con él”.

El 20 de octubre de 2008 fue un día especial para Bayardo, un día en el que quizá firmó el último contrato con la mafia. Un presunto soplo alertó a los agentes de la SIEDO de movimientos sospechosos en una calle de la colonia Lindavista. Un grupo de agentes de la Agencia Federal de Investigación se instaló frente a la calle Wilfrido Massieu 430. Pronto comenzó la lluvia de balas. Desde el interior de la casa salieron ráfagas hacia los policías.

Los sicarios del cártel de Sinaloa trataban de abrir un escudo para que el jefe de la

mafia saliera del lugar. Al oír los disparos, *el Rey*, *el Richard* y Jesús Zambada Reyes subieron a un Passat gris que se encontraba en el estacionamiento de la casa. *El Richard* tomó el volante y arrancó a toda velocidad, pero una camioneta de la AFI fue atravesada para evitar el escape. Ante la imposibilidad de salir, los mafiosos tiraron una granada contra la camioneta de los agentes. *El Rey* y su hijo estaban atrapados. Como pudieron, regresaron y subieron a la azotea.

Desesperado, Zambada marcó por radio a Bayardo para pedirle ayuda, para exigirle que lo rescatara en medio de la balacera. Marcaba una y otra vez a su hombre fuerte en la Policía Federal para que acudiera a ayudarlo, pero el jefe policiaco respondía siempre que estaba en camino. Acorralado, llamó asimismo a un mando de la policía del Distrito Federal para pedirle apoyo. Esa llamada puso en evidencia que también se había infiltrado en la Secretaría de Seguridad Pública del DF. Enloquecido, estuvo a punto de pegarse un tiro en la cabeza pero su hijo lo impidió.

En cautiverio, Jesús Zambada Reyes narró la escena de un capo a punto de apretar el gatillo:

—¡Ayúdame! —imploraba *el Rey* al *Jugos* Bayardo.

—¡Ya voy, padrino; ya voy, padrino! —reviraba el agente de la Policía Federal.

Pasaron cinco minutos y la balacera continuaba. *El Rey* volvió a usar el Nextel:

—¿Qué pasó, ahijado? Ya nos estamos agarrando a chingadazos. Nos están agarrando los contra.

—Ya voy, padrino; ya llego, ya llego —decía Bayardo por el radio.

Zambada colgó y tomó una nueva carta: una llamada a policías de la Secretaría de Seguridad Pública del DF, y exigió que mandaran a la Pitufada. Hizo esa última jugada, porque creía que el ataque provenía de los grupos rivales del narcotráfico.

Zambada Reyes narró a la PGR los últimos momentos de libertad de uno de los capos del narcotráfico: “Me imagino que mi papá presintió que [Bayardo] no iba a llegar y le llamó a la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal. No sé a qué persona, nosotros les decimos los Pitufos, por lo que mi padre al llamar dijo: ‘Oiga, ahijado, por favor mándeme a la Pitufada porque no sé si son contras o es gobierno’. Como a los ocho minutos llegaron todos los Pitufos. Después volvió a marcarle a Bayardo, esto cuando ya estábamos en el tinaco, y le dijo: ‘¿Qué pasó, ahijado? ¿Qué pasó?’ Y éste le dijo: ‘Ya llego, ya llego’. Y esto lo digo porque yo estuve al lado de mi papá todo el tiempo.

“[...] Es más, yo le decía que le marcara a Bayardo para que nos apoyara y le decía: ‘Márquele que nos venga a ayudar’, porque mi papá le había dado mucho dinero en todo el tiempo que yo lo conocía”.

Un fuerte estruendo hizo que el capo señalara hacia el cielo. Un helicóptero de la policía sobrevolaba la zona. *El Rey* Zambada le dijo a su muchacho que era mejor terminar todo, que estaba atrapado.

—Ahí le encargo a mis hijos, ahijado. Me voy a rifar, yo no voy a dejar que me agarren, y si no, me voy a matar.

El muchacho salió del tinaco y corrió hacia su mentor, el jefe de la mafia. Bajó la pistola con la que apuntaba a su cabeza.

—Apá, está loco; por favor, piense en nosotros, en sus nietos, en mis hijos. ¡Hágame caso! —remató el ahijado de Zambada.

Dos tiros salieron desde el helicóptero. Ya no hubo tiempo de nada: quedaron atrapados. Bayardo nunca llegó.



Testigo estrella de Estados Unidos

“Felipe” aceptó ser testigo protegido en Estados Unidos. Desde las sombras y con la protección de la DEA, destapó una historia de corrupción que tocó en 2008 a las puertas del procurador general de la República, Eduardo Medina Mora. El policía mexicano, que logró infiltrarse en la embajada de Washington en la ciudad de México y que terminó arrestado en suelo estadounidense, fue puesto a disposición de las autoridades mexicanas para que contara la manera en que el cártel de los Beltrán Leyva compró la estructura de la SIEDO; la forma en que a golpe de miles y miles de dólares obtuvo datos de los operativos, soplos y protección policiaca para los líderes de la organización criminal.

El 11 de julio de 2008, agentes de la policía mexicana viajaron a la capital de Estados Unidos para tomar una segunda declaración al testigo protegido “Felipe”. Los tres se acomodaron en una sala de la embajada de México, ubicada en el 1911 de la avenida Pennsylvania.

Los investigadores llevaban un larguísimo cuestionario, que el testigo protegido de Estados Unidos respondió pacientemente, algunas veces sin regateos y otras con reticencia. El interrogatorio tuvo momentos de tensión, cuando se trataba de la participación del testigo en actividades ilícitas. La transcripción contiene infinidad de datos testados, entre corchetes, principalmente de los nombres de personajes que fueron tejiendo esta historia de corrupción y que en ese momento estaban en la mira del gobierno de Felipe Calderón.

“Felipe” fue generoso con los señalamientos y con detalles de las cuantiosas entregas de dinero a funcionarios públicos que vendieron información y trabajo de inteligencia al cártel de los Beltrán Leyva. Para comenzar la segunda declaración ante autoridades mexicanas, los agentes pidieron que ofreciera las características físicas de los ex funcionarios, servidores públicos y agentes federales que sirvieron de topes al entonces líder del cártel, Arturo Beltrán Leyva:

“José Antonio Cueto López es de aproximadamente 38 o 39. Mide aproximadamente 175 centímetros. Usa bastón y le cuesta mucho trabajo caminar y cojea. Tiene un

trasplante de riñón y es chiapaneco, de complexión robusta, tez morena, cabello negro, ojos café oscuro, nariz mediana y usa cabello corto.

“El capitán Fernando Rivera, al parecer por cuestiones de retiro, es mayor del Ejército y tiene el cargo de director en la SIEDO, coordinador de Inteligencia de la SIEDO, de hecho es el enlace con la inteligencia militar de la Secretaría de la Defensa Nacional. Su nombre completo es Fernando Rivera Hernández y su media filiación es de 1.65 de estatura, tez morena, complexión robusta, ojos oscuros, aproximadamente de 50 años, con una casa en Xalapa, Veracruz. Sé que compró otra casa en Veracruz.

“Roberto García García tiene una estatura de 1.68, nariz ancha, ojos pequeños color oscuro, cabello corto, lacio, negro, no usa lentes, de complexión media, de aproximadamente 32 años, tez morena, con seña particular: tiene tornillos en la parte lumbar de la columna vertebral y un rozón de arma de fuego en la cabeza, que cubre con el cabello. Era teniente del Ejército mexicano, pero se salió de la milicia para ir a trabajar en la PGR. Eso fue a raíz de los cambios, de que [Santiago] Vasconcelos se fue a la Subprocuraduría Jurídica y que García García llegó a la PGR, cuando llegaron los militares a finales de los noventa. Actualmente, continúa trabajando en la SIEDO, bajo las órdenes directas de Fernando Rivera.

“Milton Cilia Pérez tiene aproximadamente 31 o 32 años, tez morena, nariz ancha, estatura de 1.68, era teniente y se retiró del Ejército mexicano, al igual que Roberto García. Actualmente, labora bajo las órdenes de Fernando Rivera Hernández, en la SIEDO”.

*¿A la fecha recuerda el nombre del coronel al que tramitó un asunto en el Reclusorio Sur por encargo de José Antonio Cueto?*

Al parecer se apellidaba Zedillo, pero no estoy seguro. *¿Sabe qué cantidad le daban a José Antonio Cueto López como renta para las plazas de jefe regional de la AFI?*

No lo sé, solamente me mencionaba Cueto que, por ejemplo, le daban 10 mil dólares a la semana por una jefatura regional, como mínimo. A Cueto le llamaban muchos jefes regionales a su Nextel. Por ejemplo, en la reunión de Cancún, se dirigían a él con mucho respeto. José Antonio trabajó durante los noventa como delegado de Tránsito y Placas, al parecer en el municipio de Naucalpan, en el Estado de México, en el Centro de Investigación y Seguridad Nacional, y a finales de los noventa estaba prestando sus servicios en el Grupo de la Policía Antidrogas de la PGR, adscrita a la Unidad

Especializada contra la Delincuencia Organizada y fue cuando comisionaron a varios militares del Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales (*gafes*) a la SIEDO. Cueto tramitó su pensión en la PGR y decía que ahora se dedicaba a vivir de su pensión. Cueto se asoció con una persona [su nombre aparece testado] para poner un despacho en un edificio de Palmas y que está cerca de un Starbucks. En alguna ocasión fui a cobrar un cheque. Después, Cueto me comentó que habían pagado toda la renta de 2005.

*¿A qué gastos se refiere cuando manifiesta que en la reunión internacional de Interpol en Cancún, Cueto le cubrió los gastos a Roberto García?*

Le pagó el hotel NH Krystal. Lo sé porque Cueto me dejó un *voucher* abierto en el hotel y no sé si el avión lo pagó García o lo justificó con un viaje oficial. Roberto García estuvo todo el tiempo que duró la convención, aproximadamente unos cinco días. García, en ese entonces, en 2004, estaba en la SIEDO, bajo las órdenes de Rivera.

*¿Cuál fue el motivo por el cual usted se distanció de Cueto?*

Tuve un problema con él.

*¿En qué año lo asignaron como encargado de la oficina de Interpol en el aeropuerto de la ciudad de México por recomendación de Cueto?*

A fines de septiembre de 2005. Era encargado de la AFI en el aeropuerto y dependía de la jefatura regional en el DF de la AFI.

*¿Cuáles eran los asuntos que Cueto llevaba con Fernando Rivera, Roberto García García y Milton [Cilia]?*

No sé de muchos asuntos específicos que llevaban, pero sé que Roberto García García es la mano derecha de José Antonio Cueto López y que ya conocía al 19 y ya lo conocía Fernando Rivera desde antes y que éste fue el que le presentó a José Antonio Cueto López. Esto se lo comentó Cueto directamente.

*¿Qué cantidades de dinero ganaban Fernando Rivera, Milton, Roberto García y Cueto en los asuntos que llevaban?*

Recuerdo que Cueto me comentó que la gente del 19 le debía a Fernando Rivera Hernández, Roberto García García, Milton Cilia Pérez y José Antonio Cueto López

cuatro millones y medio de pesos. En otra ocasión, hace como año y medio, me comentó de una reunión en Acapulco, Guerrero, en la que participaron él y Roberto García con personas ligadas al narcotráfico. No sé cuáles son los nombres o apodos, pero en esa ocasión fueron a aclarar algo, porque pensaban que iban a matar a Cueto y a García. Una vez que aclararon eso, les dieron 30 mil dólares a cada uno.

*¿Por qué iban a matar a Cueto y a García?*

Ellos pensaban que los iban a matar por un asunto que tenía. Ellos lo comentaban y ellos entendían a qué se referían y no sé si ésa fue la única ocasión que recibieron dinero de la gente de Guerrero.

*¿Sabe si la cantidad que le adeudaba el 19 le fue pagada a Fernando Rivera, Milton, Roberto García y Cueto?*

Al parecer no les pagaron. Se los debían porque eran parte de la renta que les daba Rivera por avisar de los operativos o diligencias que se realizaran o tuvieran algo que ver con los integrantes de la organización de los Beltrán Leyva, de *la Barbie* y en general del cártel de Sinaloa. Le proporcionaban información al 19 e inclusive este sujeto entregó radios a Fernando Rivera, Milton Cilia, Roberto García, José Antonio Cueto y a mí. No sé cuándo comenzaron a trabajar con *el 19*, porque cuando yo lo conocí, ellos ya estaban trabajando con él. En el mes de marzo o abril de 2008, Roberto García me comentó que él mismo consiguió y entregó *al 19* la lista de los militares que capturaron a Alfredo Beltrán Leyva, *el Mochomo*, para aclarar que no habían sido ellos, porque *el 19 creía* que había sido la gente de Rivera.

*¿Sabe cómo García consiguió la lista de militares que entregó al 19?*

No lo sé; es una cuestión interna de trabajo de ellos.

*¿Cómo ingresó usted a trabajar en la embajada de Estados Unidos de América?*

Presenté una solicitud. Beatriz González le informó a Fernando Kart que había una plaza vacante en la embajada de los Estados Unidos de América en México. Me comentó que sí estaban interesados en alguien que tuviera antecedentes en Interpol. Revisé la vacante por Internet, presenté la solicitud y el currículum y fui aceptado. [“Felipe” no dio más datos de quiénes eran Beatriz González y Fernando Kart.]

*¿Cuáles eran las funciones que desempeñaba en la embajada de Estados Unidos?*

Era investigador criminal y mi trabajo era captar información de todas las autoridades mexicanas en los tres niveles de gobierno y tratar de construir una red de contactos para acceder a información en tiempo real y para conocer de las solicitudes de las autoridades mexicanas sobre fugitivos en el extranjero. A veces lograba resultados, porque con mis contactos en Migración logré ubicar y asegurar a fugitivos, con fines migratorios.

*En el tiempo que se reunió de trabajo en la Embajada de Estados Unidos ¿se reunió con Cueto?*

Me reuní con él entre 10 y 15 veces, la mayoría en el marco de comidas o reuniones con empresarios.

*¿Cuál era el dedo de la mano derecha que le faltaba al sujeto apodado el 19 o Lázaro y cuál era la media filiación de este sujeto?*

Al parecer era de la mano derecha, el anular o el índice y sólo le falta una falange. Su media filiación es la siguiente: cabello entrecano, de complexión robusta, de cara redonda, nariz ancha, de aproximadamente 28 o 30 años, de un metro 73 centímetros de estatura, que tiene problemas para pronunciar la “R” y que es oriundo de Acapulco, Guerrero, dicho por él.

*¿Sabe cuál era la relación entre Cueto y el sujeto apodado el 19 o Lázaro?*

Era de compromisos de dinero; no era una relación de amistad.

*¿Sabe cuál era la relación de Fernando Rivera con el 19 o Lázaro?*

Dicho por Cueto, sé que la relación era más cercana y en ocasiones se iban a tomar una cerveza.

*¿Sabe cuál era la relación de Roberto García García con el 19 o Lázaro?*

Dicho por Cueto y García, este último se reunía con *el 19* cuando Cueto no podía [hacerlo] y cuando Cueto no podía, [el 19] le hablaba directamente a Roberto García.

*¿Cuál fue la intervención de Cueto en el arreglo a que llegó para recibir los 30 mil dólares al mes?*

Toda la intervención; fue a través de él que se hizo este arreglo en el estacionamiento

del Sanborns de Lomas Verdes. Cueto fungió como intermediario o enlace entre algunas autoridades y personas con intereses particulares y en algunos casos involucrados en actividades ilícitas.

*¿Diga cuántas veces le pagó la gente del 19 por concepto de renta cuando trabajaba en la embajada de Estados Unidos de América?*

Sólo fue una vez, como lo referí en mi primera declaración.

*¿Cómo se comunicaba con Cueto y, en su caso, precise el o los números telefónicos?*

Me comunicaba a su número celular 04455-5414-4157, que es Telcel, y al 1941-1912, ID 52\*213435\*, de la compañía Nextel.

*¿Qué número de radio Nextel le proporcionó a usted el 19 o Lázaro?*

No lo recuerdo.

*¿Con cuántos sujetos estaba el 19 o Lázaro en la fecha que usted recibió 30 mil dólares?*

En el Mustang negro sólo estaban *el 19*, otra persona y yo. Tal vez [*el 19*] traía un muro de seguridad, pero no lo pude constatar.

*¿Dónde se entrevistó usted con Cueto y el 19 o Lázaro cuando les comentó que iba a ser detenido Petties?*

A bordo de una camioneta de Cueto, por la zona de Palmas.

*¿En qué consistió la información que le proporcionó a Cueto y el 19 o Lázaro?*

Les dije que la información existía, que iban a agarrar a Petties, por Acapulco, y que estaba colgado de los Nextel. Les di una lista que yo mismo elaboré con fugitivos buscados por drogas. Cueto y *el 19* me pidieron información sobre la persona con la que detuvieron a Petties, de apellido Guajardo. Sólo les di el extracto del documento que contenía la foto y datos que estaba autorizado para entrar a Estados Unidos. Era una hoja cortada del documento de viaje que se utiliza en lugar del pasaporte, cuando éste no lo tiene el interesado.

*¿Qué medio empleó para transportarse, junto con Gerardo, chofer de Cueto, para recoger los 30 mil dólares?*

En mi vehículo particular, Volkswagen, tipo Jetta, modelo 2003, placas 981-RXS, del Distrito Federal. Gerardo manejó.

*¿A qué teléfono le llamó a Cueto para preguntarle qué estaba pasando, después de que uno de los Beltrán Leyva fue detenido?*

Llamé a su Nextel 52\*25400\*111.

*¿En qué hospital estuvo internado Cueto por lo del trasplante?*

Estuvo en dos hospitales. Primero en el Ángeles de Interlomas y luego en el ABC de Santa Fe.

*¿A qué hora se le apareció el 19 en el estacionamiento?*

Como a las seis de la tarde del lunes 16 de junio de 2008.

*¿A qué número marcó a Cueto el 16 de junio de 2008, cuando el 19 pidió que lo comunicara [con Cueto]?*

De mi Nextel al de Cueto, cuyos ID ya proporcioné.

*¿Cómo llegó Cueto en aquella ocasión?*

Llegó en su camioneta. No llegó solo. Venía con su chofer Gerardo y con Roberto García.

*¿Qué número de celular le dejó a usted el 19, en esa ocasión?*

No lo sé, porque nunca lo encendí. Como mencioné en mi primera declaración, se lo entregué a Cueto ese día en la noche en el restaurante que mencioné.

*¿Quiénes estuvieron el 16 de junio de 2008 en la reunión que tuvo Cueto en el restaurante Black and Black, además de ellos?*

Solamente yo y Cueto. Cueto llevó a su chofer Gerardo, pero él no cenó con nosotros.

*¿A qué hora y dónde vio a Cueto el 23 de junio de 2008?*

Lo vi afuera del [restaurante] Champs Elysées, en Reforma, como a las nueve de la noche y Cueto venía con un amigo de nombre Ernesto.

*¿Sabe por qué concepto eran los pagos que Cueto y Roberto García le reclamaron al*



*sujeto apodado el Grande para ellos y la gente de Fernando Rivera, de SIEDO?*

Era para que *el 19* se hiciera responsable de pagarles, porque con *el 19* habían hecho el trato de que les diera una cantidad mensual por información de operativos y diligencias contra miembros del cártel de Sinaloa, de los Beltrán Leyva y *la Barbie*. Después de la reunión que tuvieron Cueto y Roberto García con el sujeto apodado el *Grande*, me comentó que al *19* le llamaron la atención y que, en consecuencia, *el 19* les dio un pago, desconozco la cantidad.

Los agentes mexicanos pusieron a la vista de “Felipe” las fotografías de Roberto García García, Fernando Rivera Hernández, Milton Cilia Pérez y José Antonio Cueto López. Con su puño y letra, el testigo estrella del gobierno de Estados Unidos, el hombre que se infiltró en la embajada de Washington en México, puso los nombres debajo de cada uno de los rostros de los infiltrados.

“Felipe” nunca volvió a aparecer. El gobierno de Estados Unidos le dio una nueva identidad como premio por destapar una gran coladera de corrupción en las autoridades mexicanas encargadas del combate a los cárteles de las drogas. El infiltrado se perdió en las madrigueras de la justicia estadounidense.

## **Los infiltrados**

*El narco dentro de los gobiernos*

Primera edición: octubre, 2010

D. R. © 2010, David Aponte

D. R. © 2010, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Random House Mondadori, S. A. de C. V.

Av. Homero núm. 544, col. Chapultepec Morales,  
Delegación Miguel Hidalgo, 11570, México, D. F.

Diseño de portada: Random House Mondadori

Comentarios sobre la edición y el contenido de este libro a:

[literaria@rhmx.com.mx](mailto:literaria@rhmx.com.mx)

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN 978-607-310-936-9

[www.megustaleer.com.mx](http://www.megustaleer.com.mx)

[megustaleer@rhmx.com.mx](mailto:megustaleer@rhmx.com.mx)

[www.facebook.com/megustaleermexico](http://www.facebook.com/megustaleermexico)

[www.twitter.com/megustaleermex](http://www.twitter.com/megustaleermex)

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Conversión eBook:

*Information Consulting Group de México, S. A. de C. V.*



Consulte nuestro catálogo en: [www.megustaleer.com.mx](http://www.megustaleer.com.mx)

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre **Random House**, división editorial de **Bertelsmann AG**, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y **Mondadori**, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47–49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede México:

Av. Homero núm. 544, col. Chapultepec Morales

Delegación Miguel Hidalgo,

11570 MÉXICO D.F.

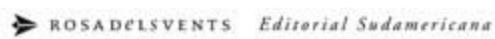
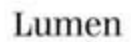
México

Tel.: 51 55 3067 8400

Fax: 52 55 5545 1620

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y

Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en [www.randomhousemondadori.com](http://www.randomhousemondadori.com).



# Índice

Cubierta  
Prólogo  
El topo  
Acapulco, ejecución en prime time  
La huella del tigre  
Nadie sabe nada  
Made in badiraguato  
¡Rescaten al mochomo!  
Emboscada contra santiago vasconcelos  
La nómina SIEDO  
El jugos bayardo  
Testigo estrella de estados unidos  
Acerca de Random House Mondadori  
Créditos

# Índice

|                                       |     |
|---------------------------------------|-----|
| Prólogo                               | 2   |
| El Topo                               | 5   |
| Acapulco, ejecución en prime time     | 15  |
| La huella del tigre                   | 22  |
| Nadie sabe nada                       | 28  |
| Made in Badiraguato                   | 41  |
| ¡Rescaten al Mochomo!                 | 51  |
| Emboscada contra Santiago Vasconcelos | 58  |
| La nómina SIEDO                       | 65  |
| El Jugos Bayardo                      | 76  |
| Testigo estrella de Estados Unidos    | 89  |
| Créditos                              | 98  |
| Acerca de Random House Mondadori      | 100 |